

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LAS ELECCIONES EN INGLATERRA.

(Conclusion.)

Mr. Van-Krooeck, me hizo observar entonces otra parte del drama que estaba representándose en la plaza. Muchos de los que continuamente llegaban á aquel sitio, no parecían encontrarse todavía en estado de embriaguez y algunos de los que ya estaban allí, acababan de salir de él; pero unos y otros se mezclaban con los numerosos combatientes que obstruían el paso, como si fuesen á separarlos: pero su verdadero objeto, como me lo esplicó Van-Krooeck, era el dar y recibir empujones, para tener pretexto de ir á beber con el

modales distinguidos debidos al rango, la fortuna y la educacion.

Así es que cuando el candidato de aquella aldea se presentó en la plaza, iba acompañado de su muger, que distribuía á derecha é izquierda graciosas sonrisas, y de la señora del maire ó alcalde, que daba la mano á los artesanos y labradores. Debo hacer á la señora del futuro diputado, la justicia de confesar que no habia bebido ni una copa de whisky: en cuanto á la alcaldesa, algunos espectadores decían que era muy linda antes de padecer las viruelas.

Mas seme olvidaba decirlos, prosiguió Van-Krooeck, con qué extravagante acompañamiento efectuaron aquellos ilustres personajes su entrada en el local de las elecciones. Precedíanles tres hombres tocando la flauta y les seguían sus criados que le llevaban nueve

No tuve por conveniente obedecer á aquella intimación, y en un momento me vi rodeado de quince ó veinte personas, que indudablemente se hubieran arrojado á cometer conmigo un acto de violencia, sin un incidente que les llamó la atención. Era un combate entre la vaca de un partidario del carbon, y el perro de un partidario del trigo, bien conocidos ambos de la multitud. Aquel combate les pareció tan interesante como si le sostuvieran los mismos dueños de los animales, y como si debiese depender de él la elección de uno ó de otro candidato. Quedó vencedor el perro del elector del trigo, con gran satisfacción de las gentes de su partido, á quienes aquella victoria pareció un feliz presagio. Tal fué, caballero, el importante incidente á que debí no ser golpeado, y que pudo distraer á mi agresor de los graves intereses del país, de que se mostraba tan ocupado, que hasta queria armar reyerta con un hombre pacífico.

Cuando concluía aquella historia de una elección de aldea, oímos muchas voces que gritaban:

—Ya está ahí.... miradle.... Hurra por Mr. Larcker.... Hurra por sir Colingbrocke.

Eran los dos compatriotas que por segunda vez se volvían á la plaza, en donde por la mañana no habian hecho mas que presentarse. Y la muchedumbre desde entonces los estaba esperando, bebiendo, jurando y riendo, como ya he procurado describirlo antes. A vista de los héroes de la fiesta, que se colocaron en los tablados, todo aquel inmenso tumulto, que un momento antes atronaba los oídos, se calmó como por encanto. Cesaron de resonar los golpes en las espaldas, las bocas con los terribles juramentos, en los que indudablemente me pareció que tenia una intervencion directa el demonio. Uno de los oradores, el baronnet Colingbrocke, alargaba el brazo para hablar, cuando se le aproximó un hombre mal vestido, y le dijo con la mayor familiaridad:

—Gentleman, quiero hacer algo en vuestro favor: tocad esta mano que compone zapatos, para probar que no despreciais al pueblo: esto decidirá por vos á muchos hombres titubeantes, á quienes he oído decir que sois demasiado orgulloso y duro para hacer nada en provecho de los pobres proletarios.

—Mienten, amigo mio, mienten ó se engañan: he aquí la prueba. Y diciendo esto, sir Colingbrocke, puso su mano sobre la sucia y callosa del remendon.

Como ambos habian hablado muy alto, y sus demostraciones de cortesía se veían desde todas partes, la multitud no perdió nada de aquella escena, y manifestó su júbilo con hurras y frenéticos aplausos.

En cuanto al zapatero, la alegría, el orgullo de haber tocado públicamente la blanca mano de un gentleman, era para él una libertad ilimitada, y la mayor suma de bien que un legislador podía hacer á sus conciudadanos. ¿A quién fué verdaderamente útil aquel juego de la astucia hipócrita y de la necia vanidad? Al rico gentil-hombre á quien no costó mas trabajo que lavarse las manos al regresar á su suntuosa morada.

Su apretón de mano preparó á la multitud á escuchar su discurso enfático y vacío de sentido, mucho mejor cien veces que el mas brillante exordio. Todo el discurso versaba sobre la tendencia, cada vez mas pronunciada de la aristocracia, á unirse con el pueblo y simpatizar con sus padecimientos. Así es, que tuvo un éxito prodigioso.

—Me parece, le dije á Van-Krooeck, que este baronnet embustero será el candidato afortunado. ¿Qué pensáis, caballero?

—Hasta ahora, me contestó, las probabilidades están en favor suyo: la escena del principio ha sido de mucho efecto, y el asunto de su discurso es un ensueño que trasporta al pueblo á un mundo ideal de felicidades: así es, que habeis podido observar como yo, que todos los concurrentes, aun los partidarios de su competidor, estaban como encadenados de sus palabras. Hasta he visto muchos que se han quitado las cintas verdes, para remplazarlas con otras amarillas que es el color de sir Colingbrocke. Sin embargo, el conocimiento que tengo de las costumbres inglesas, me impide apostar por él hasta ahora: el menor incidente, la casualidad mas insignificante, puede hacerle perder en un instante todo lo que acaba de ganar. Escuchemos ahora á su competidor. Ya tose y escupe: va á hablar:

Habló en efecto Mr. Larcker, y dijo muy buenas cosas. Su testó era: «Facilidad del trabajo para el pueblo.» Estableció muy lógicamente, que aquella facilidad del trabajo resultaba del comercio exterior, y que ella era tambien el resultado de la rebaja de las tarifas. Aquella era verdaderamente una cuestión palpitante, exacta y de sumo interés para el pueblo. Pero en su frialdad se conocía que él no lo pensaba así. Y esto por dos razones: porque el lenguaje poco brillante y pesado del orador, quitaba el mérito al excelente fondo de su discurso, y porque aquel mismo fondo agradaba menos al pueblo, que el del diestro baronnet.



Promesas electorales.—Modelo de una capilla inglesa

partido vencedor, al que se unían despues del triunfo: embriagados por segunda vez se volvían á despejar á fuerza de golpes, y así continuaban todo el día.

—¿Pueden acaso esas gentes, pregunté á Mr. Van-Krooeck, tener la menor idea de la importante cuestion nacional que va á decidirse? En semejante estado, ¿no son mas bien un obstáculo y un motivo de rubor para los candidatos? porque tanto valdria decir que han sido nombrados por las losas de esa plaza, como por electores beodos que discuten á puñadas.

—La razon y el buen sentido de los hombres, no son aquí nada, caballero, me contestó el holandés: su influencia es la única que produce lo que se desea, que es tener nombres, gran número de nombres y nada mas. Importa muy poco que designen lo que quieran; á falta de otros echarian mano de los títulos de las calles para formar electores.

En la última renovacion de la cámara, continuó Van-Krooeck, hice una excursion á un pueblo inmediato en donde tenia un negocio: estaba muy lejos de imaginar las grotescas escenas que allí presencié.

En Londres, caballero, los actores del singular espectáculo que tanto os asombra, pertenecen en su mayor parte á la clases mas ínfimas de la sociedad: por lo general, los propietarios se respetan bastante. Pero en las poblaciones pequeñas, en las aldeas de los condados, todos se mezclan indistintamente, sin la menor reserva, y sin tener en cuenta para nada los

docenas de jamones: como habian comprado mas líquido que el que probablemente podría consumir la poblacion electoral, habian llevado de Londres dos docenas de poetes y folletinistas, para que fuesen útiles auxiliares de los habitantes, en la operacion de vaciar los toneles. Decir que la multitud aplaudió con entusiasmo al señor diputado, á las señoras, á los escritores de Londres, á la cerveza y los jamones, sería imposible: pero ya comprendereis que un candidato tan apoyado no podía perder la elección en la que obtuvo una inmensa mayoría.

Como yo miraba aquella farsa cual un espectador tranquilo é indiferente, un habitante del pueblo se dirigió á mi picado sin duda de que yo manifestase tan poco interés por una cosa en que él le tenia tan vivo: porque de los dos candidatos, el uno era rico propietario de minas de carbon de piedra, y el otro, un hacendado no menos opulento. Estos dos hombres podian hacer desgraciado al país, suspendiendo el uno la explotación de sus minas, y negándose el otro á vender su trigo ó haciéndolo á un precio muy subido.

—Caballero, me dijo el elector con voz bastante impetuosa, ¿por quién votais, por el carbon ó por el trigo?

—Ni por uno ni por otro, por qué...

No tuve tiempo para concluir. ¡Qué ignominia! exclamó el elector, ¡qué indiferencia por los intereses del país!.... Idos de aquí, me dijo lanzándome una mirada amenazadora.

¿Qué prometía este último en efecto? Leyes favorables al bienestar general, una aristocracia compasiva que rebajaría la escala móvil de los cereales, multiplicaría las asociaciones de beneficencia, y en fin, que tal vez se llegaría a distribuir lo superfluo a los desgraciados. El pobre pueblo gozaría, pues, de una fácil felicidad, cuando llegasen los días venturosos protegidos por sir Colingbrocke.

¿Qué prometía por el contrario la lógica del comerciante? Leyes buenas, es cierto; pero que imponían siempre al pueblo la dura necesidad del trabajo: ese trabajo sería continuo; pero la fatiga del pobre obrero lo sería también por consiguiente. Esta perspectiva era mucho menos seductora que la otra y después del discurso de su adversario, sir Colingbrocke tenía tres probabilidades más que antes.

—Mirad ahora lo más curioso, me dijo al oído Mr. Van-Krooeck; hace algunos años que la Inglaterra ha progresado en el camino de la corrupción; ahora se acostumbra después de exponer los principios generales de política que seguirá en la cámara, el que cada candidato, haga personalmente a sus electores promesas brillantes, que realiza más o menos, y algunas veces nunca. Uno presenta como garantía sus riquezas, otro su crédito, aquel su comercio, y este su buena voluntad. Cállad, que ya principia.

—Habitantes de la Cité, decía el baronnet, voy a mandar edificar cuarenta casas espaciosas en vuestro cuartel, y alquilarlas con un setenta y cinco por ciento menos que la tarifa actual de los arrendamientos.

—Honrados vecinos de la Cité, replicó al momento el comerciante, haré construir un dock colosal, en donde emplearé mil quinientos hombres desde la mañana a la noche.

—Yo, continuó el baronnet, tengo bosques inmensos en donde os permitiré recoger las ramas secas durante el invierno.

—¡Bravo!... ¡bravo!... hurra por el baronnet, gritó el pueblo.

—Y yo, dijo el comerciante, tengo veinte buques en el mar, doce herrerías, quince fábricas de algodón: emplearé los obreros todo el año, aun en el invierno, y aumentaré los jornales doce peniques por día.

Con débiles aplausos fueron recibidas aquellas liberalidades que no excluían la necesidad del trabajo.

—Y yo en fin, continuó el baronnet, os haré construir una iglesia, cuyo plano veis aquí, del último género, con los mejores adornos, ventanas y puertas en forma de ogivas, un paseo con árboles todo alderredor etc. etc.

Al mismo tiempo el baronnet desarrolló un inmenso plano que efectivamente representaba su promesa electoral, y del que sus agentes repartieron entre la multitud millares de ejemplares.

Esta última prueba de seducción fué tan favorable como las otras a sir Colingbrocke, y Mr. Van-Krooeck y yo aguardábamos definitivamente verle nombrar diputado.

—Hé aquí el momento, me dijo el obeso comerciante holandés, en que van a recogerse los votos: ¿pero qué pasa allá abajo?... ¿qué tumulto, Dios mío?...

—¿Sabeis qué es eso? preguntó a un hombre que venía casi sin aliento a descansar junto a nosotros, o tal vez a buscar refugio contra una inminente agresión.

—Es contestó el hombre, que la elección de sir Colingbrocke, en que yo me interesaba en calidad de corredor,—porque yo soy uno de los que han distribuido su dinero entre sus fieles electores,—que esa elección....

El pobre hombre estaba tan sofocado que apenas podía respirar ni proferir una palabra.

—Pues bien, esa elección se halla muy comprometida.

—¿Y cómo eso?

—¿Sabeis caballero, que la cinta amarilla es el color de sir Colingbrocke?

—Sí. ¿Y qué?...

—Pues bien, el comerciante de la cinta amarilla acababa de vender varias varas de ella, a veinte electores que abandonando el partido de Mr. Larker, habían abrazado repentinamente el de mi respetable patrono. Veinte, treinta, otros ciento iban sin duda a imitarlos.

—Pero yo no veo, le dije, que eso sea un motivo para comprometer la elección de vuestro patrono, sino todo lo contrario.

—Caballero, yo sería de vuestra opinión sino hubiese otra cosa, contestó ingenuamente el pobre diablo. Pero hay otra cosa: ¿no lo veis?

—¿El qué?

—Como el vendedor de cintas no tenía para volver el cambio de una guinea, fué con los compradores a una tienda de licores inmediata a la suya. Entre tanto los partidarios de Mr. Larker, indignados de la defección que acababa de dejar un claro en sus filas, se han precipitado sobre la tiendecilla, han agarrado toda la cinta amarilla y han huido con la mayor ligereza. En vano se ha buscado cinta amarilla por todas las tiendas de la Cité, solo se ha encontrado la que necesitaba su señoría el lord corregidor para atarse su gorro de dormir. Seguramente es un golpe ideado por los larkeristas: sí, sí, bribones, se han apoderado de todo nuestro color para comprometer nuestro triunfo y arruinarnos.

—Pero, dije al hombre a quien aquella astucia parecía haber confundido y anonadado, ¿no puede votarse por tal o cual candidato sin tener una cinta verde o

amarilla colgada en el ojal de la levita ó en el sombrero?

—¿Sin esa señal, caballero, cómo se ha de conocer entre una muchedumbre tan inmensa a los que es necesario conducir a votar? ¿Cómo concertarse con los amigos? ¿A quiénes se ha de distribuir el dinero? ¿A quién se ha de acachetear en la tremolina? Tan placentero como es el descargar el puño bien cerrado sobre la espalda de un adversario, otro tanto sería lamentable hacer sentir su peso a un hombre que participa de vuestras convicciones políticas. ¿No es verdad, caballero?.... Me pareceis extranjero, pero la justicia es de todos los países, y seguramente pensáis como yo: ¿no es así?

—Sin duda, sin duda, amigo mío, me apresuré a contestarle riéndome, porque quería saber más de aquel hombre singular, que casi lloraba de sentimiento al ver su partido casi en derrota.

—Pues bien, caballero, además de los inconvenientes que acabo de indicaros, hay otros que pueden seguramente hacer zozobrar al señor baron Colingbrocke. Todos los que iban a desertar del partido de Larker, que eran muchos en número, porque los habían seducido las brillantes y generosas promesas del respetable baronnet, todos esos repito, no teniendo ya ningún medio para darse a conocer a nosotros, van a permanecer en su errónea opinión, aun puedo decir falsa, lo cual será tan perjudicial a los intereses de la vieja Inglaterra como a los de sir Colingbrocke.

—En efecto, le contesté, la Inglaterra va a perder mucho con el percance de sir Colingbrocke: mas por lo que respecta a él, ganará cuanto deje de dar, y es mucho, porque me había hecho promesas considerables.

—Y las hubiera cumplido, añadió con tono compungido mi desconsolado interlocutor... Si las hubiera cumplido, y ese es precisamente el colmo de nuestro infortunio, porque si no le nombran no las cumplirá, por...

—Porque no ama al pueblo, amigo mío, contesté con seriedad a aquel pobre hombre, cuya especie de buena fé en el engaño y el egoísmo me causaban lástima. No, vuestro sir Colingbrocke no ama al pueblo, porque siendo rico y pudiendo disponer de millones, solo rebaja sus alquileres y da la leña seca en recompensa de un voto que de ese modo adquiere como mal ciudadano.

—Pero caballero, dijo el hombre muy asombrado, las cosas siempre han sido así, y ningún inglés espera que varíen.

—Tiene razón, me dijo Mr. Van-Krooeck; el hecho borra aquí las nociones del derecho hasta tal punto, que solo una revolución social podrá restablecerlas en el ánimo de todo un pueblo.

—Por último, pregunté al corredor de elecciones, ¿en vuestro concepto sir Colingbrocke tiene ya pocas probabilidades?

—Sí, bien pocas, pues que ciento cincuenta ó doscientos electores que se han retrasado, a quienes se esperaba de un momento a otro y había que distribuir cierta suma de dinero, se pasean ahora entre la multitud sin poder ser conocidos.

—Pues para eso no tienen mas que presentarse, le dije.

—No señor, no, me contestó Van-Krooeck: la forma es omnipotente en este país; el fondo es muy poco ó casi nada sin ella. Las gentes de que nos habla este hombre no se atreverían a presentarse sin una cinta amarilla; además, sin la cinta no recibirían su estipendio, y sin ser pagados con anticipación estos obreros constitucionales no trabajan. Ya comienza la votación; acerquémonos para ver y oír mejor.

Nos mezclamos, pues, con la multitud. ¿Qué lengua será capaz de expresar en toda su verdad aquella escena tumultuosa? Los dos partidos parecían igualmente inflamados de furor, de envidia, de patriotismo y de ponche.

Entonces todo se volvía contra el baronnet, que en un principio había sido tan afortunado. Sus partidarios, estasiados al ver su triunfo tan bien preparado, y no dudando de él, se habían marchado todos a desahogar su júbilo bebiendo con abundancia cerveza, ponche y licores. Cuando llegó el momento de votar, casi todos se hallaban privados del uso de sus facultades por su estado de completa embriaguez. Vi uno, a quien dos hombres sostenían por los brazos, y cualquiera hubiera creído que era un paralítico digno de compasión. Como no pudo ni aun levantar la cabeza para ver en donde estaba, le dejaron en un rincón, y ocupó otro su puesto. Este andaba todavía, mas como había perdido el uso de la palabra, permaneció mudo como un pescado. Otro tercero, beodo también, pero que podía andar y hablar, preguntado a que candidato daba su voto, contestó balbuceando: *tabaco y aguardiente*. Otro, por último, tan celoso por la religión como por el vino de Jerez, según se vió, contestó a la pregunta «¿Por quién votais?»—Que me tenga el diablo en el asador mil años, hasta que se canse de tan ingrata tarea, si no voto por sir Colingbrocke, el amigo de nuestra religión.» Este voto fué el mas esplicito é inteligible de cuantos obtuvo el desgraciado baronnet; la mayor parte de sus electores, no pudieron favorecerle con sus sufragios por falta de cinta amarilla. Y en verdad que fué muy justo que sir Colingbrocke, que no ofrecía al pueblo mas que esperanzas quiméricas ó limosnas humillantes, no triunfase de su competidor, que presentaba a aquel mismo pueblo las ventajas reales y decorosas de un trabajo continuo y bien retribuido.

—Caballero, me dijo Mr. Van-Krooeck al retirarnos, acabais de ver lo que es una elección en Inglaterra, y

que papel desempeñan en ella el amor y la esperanza de la libertad y felicidad públicas.

—Las elecciones son aquí, le respondí, un teatro muy instructivo, en que representan su papel sin disfraz las pasiones mas destructoras de la moralidad y de la grandeza nacional; es una escuela en donde una multitud de locos se convierten en mucho peores; pero en donde un hombre de estado que sea un poco filósofo, puede recoger datos y desengaños muy útiles.

Al día siguiente me despedí de Mr. Van-Krooeck, y dejé sin sentimiento la Inglaterra, país clásico de la libertad, acerca del cual no volví a suscitarse ninguna disputa entre mi amigo y yo. Prefiero mil veces la España, en donde las costumbres políticas, podrán no estar tan avanzadas como entre los habitantes del otro lado del canal de la Mancha, pero al menos hay mas moralidad y mas decencia.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL. Debut del tenor Boucardé y el bajo cómico Róvere, en *La Linda di Chamounix*. Anuncios de óperas nuevas.—Argumento de *La Prova d'un opera seria*: Justas exigencias. Teatro del Circo. *El Campamento*, música del señor don José Inzenga.—Monopolio escandaloso.—Rasgo de dignidad notable. Gran concierto en casa de la señora de Page.—Despedida de Ronconi.—Anuncio misterioso.

El acontecimiento musical del debut de un tenor y un bajo cómico nos impone el deber de empezar hoy hablando de la *Linda di Chamounix*, sin embargo de que esta ópera fué la que sirvió de introducción a la última Revista que publicamos en LA SEMANA del 23 del pasado.

Por esta razón, los señores Boucardé y Róvere deben ocupar el lugar preferente, sin que por ello dejemos de dedicar dos palabras a la señora Frezzolini, al señor Ronconi y a los demás cantantes que tomaron parte en la representación del último *spartito* del fecundo é inspirado Donizzetti, ejecutado en la noche del 9.

La voz del tenor Boucardé no nos pareció de gran cuerpo, aunque si muy igual y afinada. Una con gran facilidad la de pecho con la de cabeza.

Su estension es regular, sin que podamos por hoy marcarla: le oímos un *si bemol* de pecho dado con mucha franqueza y espontaneidad: en el falsete nos hizo oír un *re bemol* bastante lleno. A vuelta de estos alardes que nos probaron sus buenas facultades naturales y artísticas, encontramos el *mi, fa, sol*, un poco guturales, habiéndose marcado la *gola* en ellos mas de una vez.

Su método de canto nos pareció bueno, su pronunciación correcta, su garganta flexible, y el modo con que interpretó todas las piezas de su parte nos dió a conocer que sabe expresar, sentir y conmover; en una palabra, que es buen cantante, siendo también su acción muy propia y natural.

La *romanza* del segundo acto fué la en que aparecieron de relieve todas las circunstancias de que dejamos hecho mérito; y en ella oímos el *si bemol* de pecho, y el *re bemol* de falsete, la facilidad con que ejecuta esta transición, y al mismo tiempo el colorido que sabe dar a los cantos pasando del de *fuerza* al *spianato* y vice-versa.

El duo del primer acto, con la señora Frezzolini y el final de la ópera nos dieron a conocer el fuego y decisión con que canta y el arrojo con que ataca los *allegros*.

Deseamos oírle en *Lucia* cuyo *Edgardo* tanto se presta, a nuestro juicio, al lucimiento de todas sus facultades.

El bajo cómico señor Róvere tiene una magnífica voz: canta con muchísimo gusto y recita admirablemente. Su acción es desembarazada y al propio tiempo digna, no vacilando en asegurar, por nuestra parte, que hacia mucho tiempo no se oía en Madrid una cosa tan buena, en su cuerda, difícil de suyo, por que el *caricato* ó bajo cómico ha de reunir a una buena voz, un gran conocimiento del canto y de la mímica; y no ha de confundir la desenvoltura y movimiento propios de sus papeles, con el gusto chocarrero y chavacano de un payaso grotesco y repugnante.

Todas estas buenas cualidades tiene el señor Róvere; así que estuvo felicísimo en todas las piezas de su parte, señaladamente en el duo del segundo acto con la señora Frezzolini.

Tanto él como el señor Boucardé fueron muy aplaudidos y llamados diferentes veces a la escena.

Felicitemos sinceramente a la dirección del teatro Real por tan buenas adquisiciones, y nosotros nos felicitamos por que oiremos de hoy mas óperas bien ejecutadas en conjunto ya que hasta ahora solo lo habíamos logrado en detalle.

Ya presumimos que cantantes que habían recibido la sanción del público lírico barcelonés y cantado por espacio de algun tiempo en sus principales teatros, habían de ser dignos del primero de la corte.

La señora Frezzolini cantó como hacia mucho tiempo no habíamos tenido el gusto de oírle. Ejecutó todas las *floriture* con una firmeza admirable, y logramos por fin y por primera vez, después de las infinitas en que la hemos oído, que hiciera *dos trinos* como Dios y el arte mandan, es decir, con la nota alta. Este consejo

que la dimos al hablar de *Hernani* en una *Revista* que no llegó a ver la luz por causas ajenas a nuestra voluntad, y que después inició en la prensa un competente crítico musical al ocuparse de la *signora* en *La Linda*, vemos que si no ha llegado a sus oídos, y por el hecho lo que debía, ha querido, al menos, darnos a conocer que sabe y puede *trinar*, y que si hasta en la noche del 9 no lo puso de manifiesto, fué... por que no lo tuvo por conveniente.

Ronconi, como siempre, sublime é inspirado en todos los pasajes mas fuertes de su parte. ¡Lástima que vayan siendo tan frecuentes sus desafinaciones! Y mas lástima aun, que nos abandonen! También estos dos artistas fueron llamados diferentes veces al palco escénico.

La señora Rúmini di Solera, encargada del papel de *Pierrotto*, y el señor Barba del de *Prefecto*, contribuyeron al buen éxito de la ópera, que sin temor de ser exagerados, podemos asegurar ha sido la que mejor se ha cantado desde que existe el teatro Real.

La orquesta estuvo acertada; y los coros, excepto uno del acto tercero, que salió como Dios quiso, habiendo merecido un *chicheo decente*, fueron bien cantados.

El señor Róvere se presentará muy pronto en *La Prova d'un ópera seria*, del maestro Mazza, partitura desconocida en Madrid, y en la cual sabemos está admirable este bajo cómico.

El argumento, que creemos será leído con gusto, es el siguiente.

«Al descender el telón, se ocupa la empresa de un teatro en poner en escena la ópera de inauguración; y el *suggeritore* Fischietto, que ha ensayado los coros, los cita para la casa de la *prima donna* Tortorini. La *signorina* que ama al tenor, *signor* Federico Mordente, se queja con amargura de su inconstancia, cuando llega don Grilleto, autor del libreto, el señor Campanone, maestro compositor, y la Violante segunda *domina*.

La Tortorini, caprichosa como todas las *prima donnas*, se ha amosado porque han confiado a otra individuo de la compañía una cavatina que ella hubiera querido cantar; ni el poeta ni el compositor se avienen a cambiar los papeles; el tenor toma parte en la discusión, é interviene en favor de la *prima donna*, mientras el empresario, señor Fastidio, se desespera.

Como es consiguiente, queda interrumpido el ensayo hasta que uniéndose don Grilleto al señor Fastidio, logran ambos pensar decir a la Tortorini que el maestro cede a sus exigencias. Una partida de campo debe reunir a todos para celebrar la reconciliación; pero allí también se suscita otro disgusto motivado por la inconstancia de Federico Mordente, que dirige chicleos a una belleza campesina. La Tortorini se enfurece contra su amante y el primer acto termina con esta nueva escena de desorden y de disgusto para el misero don Fastidio.

El segundo acto pasa en el escenario en el momento en que va a empezar el ensayo general, no sin que la *prima donna* se queje antes del mal estado de su gola. Aquí es también donde comienzan las mayores tribulaciones para el empresario y los autores de la nueva ópera.

El copista no ha traído la sinfonía; la Tortorini pide que su grande aria se la coloquen en otra escena de la ópera, por parecerla que su *salida* se verifica demasiado pronto y no produce efecto. El compositor tiene que ceder, y se daría por muy satisfecho con tal que continuase el ensayo; pero éste se interrumpe nuevamente por tener que acudir todas las partes a la sastrería a probarse los trajes. Mientras esto se verifica, el poeta y el músico, que han permanecido en la escena, se lamentan de los disgustos y amarguras que tienen que sufrir para lograr que se ejecute.

Todos vuelven descontentos de la sastrería; particularmente la *prima donna* y el tenor dicen mil pesares de la hechura y calidad de los trajes. Pasado un rato, se calman y manifiestan deseos de continuar el ensayo, cuando la aparición del carterero viene a interrumpirlo nuevamente. Por fin, sigue éste hasta que el tenor sale con la petición de que quiere estar presente cuando la Tortorini cante el *rondó*. El poeta le manifiesta que en ese instante debe figurar que está en cerrado en una torre, y que por consiguiente es imposible acceder a su demanda. El *signor* Mordente insiste en sus trece, y por último el poeta tiene que ceder, lo mismo que había cedido poco antes el compositor.

La *Prova* concluye con la lectura del cartel que se ha de fijar en las esquinas el día de la primera representación.

La repartición de los papeles es como á continuación se espresa:

Corilla Tortorini, *prima donna* absoluta.—Señora Frezzolini.

Federico Mordente, primer tenor.—Señor Boucardé.

Campanone, maestro compositor de música.—Señor Róvere.

Don Grilleto Pasticci, autor del libreto.—Walter ó Rodda.

Tiempo era ya de que el teatro Real ofreciese alguna novedad en sus representaciones, y diera á conocer *partituras* no oídas aun en los teatros líricos de la corte. A *La Prova* seguirá *Don Pasquale*, ópera bufa también, y que el *signor* Róvere canta á las mil maravillas, según nuestras noticias.

Y ya que el teatro Real ha entrado en la senda de las reformas que tanto reclamaba su estado, sería muy

bueno que la dirección ajustase otra *prima donna* que alternara con la señora Frezzolini, y un bajo profundo de *verdad*, porque el señor Walter es tolerable como barítono, y si se quiere como bajo cantante; pero en los papeles de bajo profundo, está insufrible. Hable sin por nosotros el *Silva* de *Hernani* en el que hizo un sin número de *apuntaciones* y *trasportes* que perjudicaron notablemente al conjunto armónico y al buen efecto melódico. Tampoco estaría de mas otro primer tenor que estuviera á la altura del señor Boucardé, porque en un teatro lírico de la categoría del de Oriente, hay ciertas partes que deben ser dobles, á no ser que se nos quiera dar como tal primero, al señor Soliere con sus eternos gallos y su perdurable gola.

El teatro del Circo sigue atrayendo concurrencia con la ópera cómica del señor don José Inzenga *El Campamento*, que anunciamos en nuestra anterior *Revista*; cuya composición nos ha dado á conocer una vez mas las brillantes disposiciones y los profundos conocimientos de su joven autor, al paso que los muchos adelantos que en París hizo el tiempo que en el *Conservatorio de música* estudió, pensionado al efecto, por el señor duque de Osuna.

El preludio y coro de introducción y todos los demás de la ópera son del mejor efecto, y desde luego se echa de ver en ellos una mano experta y llena de inteligencia.

Felicitemos sinceramente al señor Inzenga por este primer paso en su carrera, tan poco atendida como falta de estímulo en este país; y le aconsejamos no desmaye en sus tareas, ya que hoy puede halagarle el triunfo obtenido en el teatro del Circo, á pesar de los malos elementos y peores medios de ejecución de que dispone dicho teatro.

La empresa del teatro del Circo, que si conoce sus verdaderos intereses, lo disimula bastante, está ejerciendo una especie de monopolio irritante y depresivo en alto grado.

Se asegura de público que no se ejecutan en él otras óperas-cómicas y zarzuelas que aquellas cuyos librettos están escritos por cierto poeta á quien no queremos nombrar.

Resultado de esto: que los autores van viendo pasar días, meses, y aun años, sin que se ejecuten sus composiciones, si tienen la dignidad é independencia suficiente para no acceder á tan humillante supeditación.

Ejemplo: el señor Allú, que tenía presentada hace mucho tiempo la zarzuela *Charreteras y Sotanas*, letra del señor Aguilera, según otro día dijimos, cansado de sufrir decepciones y engaños, la ha retirado, convencido de que nunca se ejecutaría, por haber visto que otras, presentadas con posterioridad, han sido puestas en escena. Aplaudimos desde luego este arranque, hijo del alma elevada de este joven *maestro*, que tiene la conciencia de lo que escribe. Aseguramos desde ahora que si, andando el tiempo, cesa el monopolio de que hablamos, y el señor Allú vuelve á presentar su obra, la verá coronada con el mas brillante éxito—tal al menos nos lo hacen esperar diferentes piezas que hemos tenido el gusto de oír, todas del mejor efecto.

¿Y con estas trabas se quiere que la ópera nacional llegue al punto á que está llamada, atendida la inteligencia de los jóvenes autores que á cultivarla se dedican?

Por nuestra parte vamos renunciando á tan grata cuanto halagadora esperanza.

Para alejar de nuestra mente la desagradable impresión que al denunciar tales abusos hemos sentido, daremos á nuestros lectores una idea del brillante concierto dado en la noche del lunes último en casa de la señora de Page, que anunciamos en nuestra anterior *Revista musical*.

La acertada elección de piezas, y el buen éxito que alcanzaron, nos imponen el grato deber de hacer un análisis detenido de todas y cada una de ellas.

Abrió la primera parte el aria coreada de *Dulcámar* de *El Elixir*, que fué smuy bien cantada por el señor Fortuny, habiendo lucido en ella su hermosa voz de bajo cantante.

El coro, en que tomaron parte las señoritas de Page, Flaquer, Vega, Lapoulide, Barril, Arbizu y Casaña, salió muy afinado.

La señorita doña Adela Page estuvo feliz en la romanza *Una furtiva lágrima* de la misma ópera, y en ella nos hizo oír una bonita voz de contralto.

Su hermana Luisa ostentó la suya de *mezzo soprano* en la plegaria de *Maria di Rohan*, que fué delicadamente interpretada.

La señorita doña Sofia Flaquer cantó con acierto el aria de *Belli*, en que lució una magnífica voz de tiple.

La señorita de Vega dijo el aria de *Maria Rudenz* con notable facilidad, agradándonos mucho lo pastoso de su voz de *soprano*.

La señorita de Anglés y el señor Fortuny cantaron con maestría el duo de tiple y bajo de *I Puritani*; no sabiendo nosotros que admirar mas, si el timbre dulcísimo de la voz de la primera y su extraordinaria flexibilidad de garganta, ó el acento seguro y decidido del segundo, así como lo afinado de todas sus entonaciones.

Concluyó la primera parte del concierto con el coro de brujas de *Macbeth*, cantado por todas las señoritas que ejecutaron el de *Elixir*, con notable afinación. No creímos fuera posible reunir una colección de *brujas* mas *hechiceras* y *encantadoras*, como las que en torno del piano se veían llenas de atractivos, radiantes de belleza.

El señor Belart estuvo verdaderamente inspirado

en la bonita y sentida romanza de *Linda de Chamounix* que cantó con sentimiento, gusto y pasión. Lo robusto al par que simpático de su deliciosa voz de tenor, la *mezza voce* con que articuló muchas frases, lo correcto de su canto y su pronunciación entusiasmaron mas de una vez á la escogida é inteligente concurrencia que llenaba el salón. Ejecutó dos *fermatas* del mejor gusto, en una de las cuales le oímos un *si bemol* de pecho, y en otra un *fa natural* de *falsete*, pasando con una facilidad sorprendente de este á aquel.

La señorita doña Enriqueta Mora estuvo felicísima en un *aire de bolero* de *Alary*, titulado la *Dichiarazione*, luciendo en él una preciosa voz de tiple.

La señorita doña Adela Page nos gustó mucho en el aria de *Pia di Tolomei*, revelándonos en ella sus buenas facultades y brillantes medios de ejecución.

La señorita de Flaquer, doña Sofia, y el señor Belart cantaron el duo de *Gemma* como era de esperar, atendidas las grandes cualidades musicales de ambos. Atacaron la *cavalleta* con fuego y decisión.

La señorita doña Fanni Mora ejecutó al piano con admirable maestría uno de los *Recuerdos de Sevilla* de Kontski, titulado *El Alcázar*.—Sentimos que fuera demasiado corto—asi al menos, nos pareció,—tal fué el placer con que oímos todas las dificultades que encierra, tal la precisión con que la señorita Fanni las venció, tal el claro-oscuro que imprimió á aquella serie de frases musicales tan de buen efecto, tan lozanas, como hijas de la inspiración de un grande artista vigorizada con la influencia de un cielo tan puro, tan azul, tan poético como el de la pintoresca y risueña Andalucía.

La señorita de Anglés cantó el aria de tiple de *Roberto il Diavolo* como no es posible espresar. Desde el trino hasta la *cromática* no hubo dificultad que no venciera, y todas con una precisión, con un gusto delicadísimo. ¡Qué flexibilidad de garganta, qué pureza en el canto, qué modo de frasear tan admirable! Su voz de un timbre finísimo y dulce, de una extensión extraordinaria, vibraba en nuestro oído, y nos sorprendía deliciosamente con las suaves modulaciones y difíciles *floriture* que encierra en si el aria fantástica y caprichosa del autor de *El Profeta*, que encontró en la señorita Anglés una hábil intérprete.

Terminó el concierto con el *terzetto* de *Hernani* cantado por esta señorita y los señores Belart y Fortuny, no vacilando en asegurar que difícilmente podría haberse elegido pieza de mejor efecto para poner el sello á esta notable *soirée* filarmónica, así por lo delicioso de su música, como por la perfecta ejecución que alcanzara.

Una gran parte de la gloria corresponde de justicia á la señorita de Anglés, que fué quien dirigió el concierto, habiendo acompañado al piano parte de las piezas de que se compuso, así como al joven y distinguido pianista señor Peña que acompañó el resto de las mismas con notable aplomo y maestría.

Durante los intermedios circularon por el salón bandejas con esquisitos dulces servidos con la mayor profusión y delicadeza.

Tanto la señora de la casa como todos sus amables hijos hicieron los honores de la fiesta con esa finura y cordial franqueza que les distinguen, y que son inseparables compañeros de la elegancia y del buen tono.

Entre las señoras que, además de las que tomaron parte en el concierto tuvimos el gusto de ver allí, se hallaban las de Seijas, Santamarca, Urionagoena, Barrón, Arnedo, Casarés, Peña, Gaya, y otras á quienes sentimos no recordar en este momento, todas elegantemente ataviadas. De caballeros vimos á los señores Seijas Lozano, Santamarca, Flaquer, Urionagoena, García Luna, Magaz, Reinoso, Navarro, Navarrete, Alcántara, Vizmanos, Silva, Villaronte, Bonnetti, Lapoulide, Godoy y otros que no recordamos.

Tan brillante *soirée* concluyó con una *polka* y una *varsovia*, que por vía de fin de fiesta fueron concedidas á los pollos, puesto que esa noche se dedicó única y exclusivamente á la música.

A las dos de la madrugada se despidió toda la distinguida concurrencia, no sin darse antes cita para el próximo lunes en que verá la luz esta *Revista* y en que, como de costumbre, recibe la señora de Page á sus muchos amigos que corren ávidos á gozar de los encantos que ofrece una reunión tan escogida, tan elegante.

En la noche del miércoles se despidió Ronconi del público madrileño con *La Linda*. Todos los artistas rivalizaron, y el eminente barítono estuvo, como siempre inspirado en la *maldición*. San Petersburgo nos le roba. ¿Quién le reemplazará?

Este cantante, acaso el mas simpático para el público madrileño, debe tener la seguridad de que deja recuerdos que ningún otro podrá borrar.

¡Tal es el privilegio de la inspiración y del genio! Anúncianse algunos conciertos matinales en el teatro Real, y no será difícil que en alguno de ellos se prepare una muy grata sorpresa al público, sin que por hoy nos sea permitido descender mas el velo á este misterio.

Mayo, 16.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.



LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (1)

(Continuación.)

ACTO CUARTO.

CUADRO UNDECIMO.

PORTSMOUTH.

El puerto al fondo: la tienda de Buckingham.—Una especie de barraca que puede servir de taberna á los marineros.—Entre la barraca y la tienda un espacio practicable.—Milady escribe en la taberna.

ESCENA I.

MILADY.—LORD WINTER.—UN CAPITAN.—BUCKINGHAM.—PATRICK.—FELTON.—ARTAGNAN.—UN DESCONOCIDO.

WINTER. (Saliendo de la tienda.) Bien, milord, se hará como vuestra gracia desea. (Llamando.) Capitan de puerto.

CAPITAN. (Saliendo de una falúa que espera con sus remeros.) ¿Qué queréis, milord?

WINTER. Su gracia lord Buckingham, recibirá esta mañana á los oficiales de la flota: al medio día pasará á bordo del almirante, y esta noche levaremos el ancla.

CAPITAN. Está bien, milord.

WINTER. ¿Ha ocurrido alguna novedad?

CAPITAN. Anoche ha fondeado un sloop.

WINTER. ¿De qué nación?

CAPITAN. Inglés.

WINTER. ¿Mercante, ó de guerra?

CAPITAN. Mercante.

WINTER. ¿Capitan?

CAPITAN. Felton.

WINTER. Esperad... ¿ese Felton, no es un antiguo oficial de la marina real?

CAPITAN. Si, milord... licenciado por su gracia el duque de Buckingham.

WINTER. ¿Trae pasajeros?

CAPITAN. Una muger... mas tarde tendré el honor de presentar á su gracia los papeles del capitan Felton, que ya ha traído al registro.

WINTER. Mostradme esos papeles.

CAPITAN. Milord puede verlos, si gusta pasar á mi falúa.

WINTER. Vamos. (Salen.)

MILADY. (Leyendo lo que ha escrito.) «Señor cardenal: todo ha sucedido como vuestra eminencia habia previsto... El capitan del sloop, que me ha conducido á Inglaterra, no solamente es un arrojado marino, que ha hecho la travesía en nueve horas, sino que tambien es un puritano exaltado, que tiene una injuria personal que vengar... Felton se ha conmovido al escuchar la narracion de mis desgracias... he dicho, que un caballero inglés me habia seducido para abandonarme infamemente... que la sed de una venganza terrible, me lleva á Inglaterra... Felton ha llorado conmigo... yo he cantado salmos con él, y ambos nos hemos llamado hermanos, Cecilia y Felton... En este día, 23 de agosto de 1624, el duque ha hecho colocar su tienda cerca del puerto, y todo está listo para darse á la vela con direccion á Francia. He llegado á tiempo para decir á vuestra eminencia, que me parece que no irá... Envío precipitadamente estas líneas á vuestra eminencia, sirviéndome de vuestra cifra habitual... Espero, en fin, al capitan Felton, que debe venir de á bordo á las nueve de la mañana para recoger su registro de la oficina del puerto. Todavía no he visto al mensajero, que vuestra eminencia me habia prometido.

HOMBRE. (Acercándose á ella.) «La Rochela.»

MILADY. «Portsmouth.»

HOMBRE. Aguado.

MILADY. ¿Partís para Francia?

HOMBRE. Parto para donde queráis.

MILADY. ¿Teneis medios para llegar á tiempo?

HOMBRE. Una barca aquí... veinte postas mas allá.

MILADY. Yo necesito tambien una lancha, que al primer aviso, pueda llevarme á un barco de pescadores... Ahí teneis la carta, marchad... ¿qué os detiene?

HOMBRE. (Llamando á otro que está medio oculto en la puerta.) Este hombre marcha en mi lugar.

MILADY. ¿Teneis confianza en él?

HOMBRE. Como en mí mismo.

MILADY. Está bien.

HOMBRE. Yo quedo á las órdenes de Milady.

MILADY. No os alejéis de la tienda del duque; procurad comprenderme á una señal y obedecerme á la menor palabra.

WINTER. (Llamando en la segunda division de la tienda á Buckingham que aparece.) ¿Estaba encerrado vuestra gracia?

BUCKINGHAM. Si, hacia mis oraciones.

WINTER. No creo que milord sea muy devoto.

BUCKINGHAM. ¡Oh! yo no os digo á qué santo.

WINTER. ¿O á qué santa... ¿no es esto, milord?

BUCKINGHAM. Silencio... no hablemos de nuestros

pecados de la juventud... ¡Oh! ¡qué tranquila está la mar! ¡qué hermoso cielo, milord!

MILADY. Ahí está...

BUCKINGHAM. No podeis imaginaros cuán dichoso soy... voy á partir con una alegría de niño. (A la aparicion del duque, suenan cajas y clarines.)

WINTER. ¿Ois milord? los centinelas de vuestra tienda han hecho la señal, y ya contestan las tropas acampadas.

BUCKINGHAM. ¿Pero esos honores reales?...

WINTER. ¿Qué, no sois vos el verdadero rey?

MILADY. ¡Si se irá Dios mio!... (Va á la puerta.)

y Felton que no viene...

WINTER. ¿Quereis acercaros al muelle, para ver vuestra hermosa escuadra?

BUCKINGHAM. Si, dadme el brazo, milord.

WINTER. Mirad, monseñor, ese bosque de mástiles, contemplad á esos bravos marineros.

GRITOS. ¡Viva el duque de Buckingham! ¡viva milord duque!

WINTER. ¿Ois, ois?

BUCKINGHAM. Gracias, amigos míos, gracias. (A Winter.) Dad las órdenes convenientes para la reunion de los oficiales, y volved despues. (Winter hace una cortesía y sale.)

No impidais la entrada (A los centinelas.) á nadie... esos valientes quieren verme, y es justo que me vean... Esta noche salgo para la Francia... que conozcan al menos aquel á quien victorean, porque acaso va á perecer con ellos.

GRITOS. ¡Viva Buckingham! ¡viva Jorge de Villiers!

BUCKINGHAM. Gracias... gracias... Patrick. (Se aproxima y el duque le habla bajo.)

MILADY. ¡Ah! (No cesa de mirar al duque.) ¿qué veo allá abajo? ese traje negro... esa marcha grave y lenta... es él... bien ha tardado por cierto... pero en fin... ¡Felton! ¡Felton! (En voz baja.)

PATRICK. Está bien, monseñor.

FELTON. ¿Quién me llama?

MILADY. Aquí, venid... aquí.

FELTON. ¡Vos, Cecilia!

MILADY. Si, soy yo.

FELTON. ¿A quién esperais sola en esa barraca?

¿por qué esa palidez, por qué esa mirada de fuego, por qué llevais ese puñal en la mano?

MILADY. Venid, y mirad. (Llevándole á la ventana.)

FELTON. Una tienda, ya la veo.

MILADY. ¿Conoceis las armas que la decoran?

FELTON. Si, las de Jorge Villiers, duque de Buckingham.

MILADY. ¿Os he dicho que venia á buscar un enemigo en Inglaterra?

FELTON. Si.

MILADY. A un hombre, que me lo habia robado todo, honor, porvenir y fortuna...

FELTON. ¿Quién es ese hombre?

MILADY. ¿No lo adivináis?



Felton.

FELTON. ¡Oh! El mismo que á mi me lo ha robado todo, honor, porvenir y fortuna.

MILADY. ¿Comprendeis ahora á qué he venido aquí, por qué tengo este puñal en la mano?

FELTON. Comprendo, comprendo. (Le quita el puñal.)

MILADY. ¿Qué haceis?

FELTON. ¿No lo adivináis?

MILADY. ¡Felton! ¡Felton! ese hombre me pertenece.

FELTON. Os engañais, me habia ofendido antes de conocerlos.

MILADY. ¡Oh! ¡dejádmelo, es mio!

FELTON. Decid mas bien que es nuestro... el señor me ha traído aquí por su mano, loado sea el señor... yo soy hombre y estoy agraviado, el puñal debe hallarse en mi mano, y no en la vuestra... Ganad el puerto, embarcaos y el primer pájaro que vuele con direccion á Francia, os llevará la noticia de la muerte de Buckingham.

MILADY. ¡Oh! no; á cada uno su deber... si os dego cumplir el mio, no seré yo, Felton, la que os abandone en el peligro... no quiero dejar la Inglaterra sin mi amigo, sin mi hermano, sin mi héroe...

FELTON. ¿Y si el señor me entrega á los filisteos?

MILADY. Vuestra hermana os seguirá hasta la muerte.

FELTON. Gracias... voy á implorar al Señor... Dejádme solo, hermana mia...

MILADY. El os proteja. (Sale por el fondo.)

FELTON. Señor, (Arrodillándose.) tú has pronunciado la sentencia, tú has condenado al tirano... El número de sus días está contado... dame fuerzas para cumplir tu soberana voluntad.

BUCKINGHAM. Dios mio: (Arrodillándose.) vos habeis permitido que no amase en este mundo, mas que aquella, cuya imagen contemplo... hacedme vivir, Dios mio, si en vuestro supremo juicio está decretado que me ame... hacedme morir, si por el contrario debo verme privado de su amor...

(Rumor detrás de la tienda, Milady entra rápidamente.)

MILADY. Un ginete que cabalga á todo escape... no sé mas... pero temo que me reconozca... (Rumor creciente.)

CENTINELA. ¡Atrás!

ARTAGNAN. Quiero pasar, con mil rayos, quiero hablar al duque de Buckingham... haced paso, ó de lo contrario...

BUCKINGHAM. ¿Quién es? (Sobre el dintel de la tienda.)

ARTAGNAN. Decidle que un caballero francés, que ha reventado tres caballos, desde Douvres á Portsmouth... decidle mi nombre si es preciso, el caballero Artagnan.

MILADY. ¡Artagnan!

BUCKINGHAM. ¿El caballero Artagnan? dejadle pasar centinela... ¿no os he dicho que todo el mundo era hoy libre para llegar hasta mí?... ¿vos aquí, caballero?... supongo que no habrá sucedido ninguna desgracia á la reina...

ARTAGNAN. No lo creo milord, pero si sé que está corriendo un gran peligro, de que solo vuestra gracia puede salvarla...

BUCKINGHAM. ¡Yo!... ¡seré yo tan dichoso! hablad, hablad.

ARTAGNAN. Tomad esta carta.

BUCKINGHAM. Esa carta... ¡oh! ¿de quién es?

ARTAGNAN. De ella.

BUCKINGHAM. ¿De la reina! ¡Dios mio! (Fuerte agitación.)

ARTAGNAN. ¿Qué teneis milord?

BUCKINGHAM. ¡Oh! no esperaba tanta (Sentándose.) ventura. Ya no deseo mas... (Lee.) «Los herretes ó soy perdida... los herretes por amor de la que tanto ha sufrido por vos. Ana.» Decid, valiente caballero, ¿qué podeis añadir?

ARTAGNAN. Nada absolutamente.

BUCKINGHAM. ¿La persiguen... la maltratan?

ARTAGNAN. Me lo figuro.

BUCKINGHAM. Pero en fin, ¿vos sabeis?...

ARTAGNAN. Si, milord, sé que de aquí á París tengo que correr ciento veinte leguas, y que no me quedan mas que veinte y cuatro horas.

BUCKINGHAM. Dentro de una hora partireis.

ARTAGNAN. Milord.

BUCKINGHAM. ¡Oh! permitidme que añada una línea á este cofrecito... David, preven al almirante que ponga á disposicion de este caballero el barco mas velero de la escuadra, El Breña. Descansad una hora, Artagnan, por amor de vuestra reina... una hora nada mas...

ARTAGNAN. Me quedan veinte y tres, milord, tened cuidado.

BUCKINGHAM. Patrick, que se sirva á este hidalgo como á mí mismo.

PATRICK. Bien, milord.

BUCKINGHAM. Mirad, (Llevando á Artagnan al fondo de la tienda, saca el cofre del altar.) hélos aquí, esos preciosos herretes, que debian acompañarme hasta la tumba, y no he poseído mas que un instante... ella me los habia dado, ella me los pide ahora... su voluntad como la de Dios se cumpla en todo... Id caballero, mientras bebeis un vaso de vino de Francia, yo la escribiré mi carta.

ARTAGNAN. Acordaos, milord, que cuantomas pronto me deis licencia...

BUCKINGHAM. Me habeis concedido una hora.

ARTAGNAN. Sea, milord... ¿por aquí? (A Patrick.)

PATRICK. Si, caballero. (Salen.)

BUCKINGHAM. ¡Oh! ¡reina mia! (Se sienta y escribe.)

MILADY. Ha quedado solo, y escribi.

FELTON. Llegó la hora.

(1) Véanse los números 74, 75, 76, 77, 78 79 y 80.

MILADY. Marcha Felton, marcha á salvar á la Inglaterra.

(Felton salta de la barca y penetra en la tienda.)

BUCKINGHAM. ¿Quién sois?

FELTON. ¿No me conocéis, milord?

BUCKINGHAM. ¡Ah! ¿sois vos el oficial á quien despedí de la marina real?

FELTON. Mi falta fué ligera, y el castigo ha sido grave, milord.

BUCKINGHAM. ¿Venís á reclamar? es justo... llegáis en buena hora, Felton... vuestro nombre será restablecido en los cuadros de la armada... ayer se ha botado al agua el segundo Neptuno, y quiero que lo mandéis... marchad....

FELTON. Yo no vengo á pedir nada, milord.

BUCKINGHAM. ¿Pues á qué venís?

FELTON. A deciros, milord, que vais á emprender una guerra impia

BUCKINGHAM. ¿Cómo?

FELTON. A deciros que no es al rey, ni á la Inglaterra á los que servís en este momento, sino á vuestros adúlteros amores.

BUCKINGHAM. ¡Desgraciado!

FELTON. A deciros que el señor quiere que renunciéis á esa guerra fatal que va á ser la ruina de Inglaterra... y entonces os perdonaré en mi nombre y en el de mis conciudadanos vuestros crímenes pasados.

BUCKINGHAM. Este hombre está loco.

FELTON. Aquí no hay mas loco ni mas insensato que vos, que no queréis comprenderme.

BUCKINGHAM. ¡Ah! retiraos, caballero, ó llamo, y hago que os conduzcan al hospital de dementes.

FELTON. Es que no llamareis.

BUCKINGHAM. ¡Hola! Patrick, centinela. (Felton le hiere.) ¡Ah! traidor.... me has muerto....

me.... (Firma) esta orden á lord Winter.... marcha David....



ORTEGA

Escena I.—Buckingham, Artagnan.

ARTAGNAN. ¡Mi querido señor!

BUCKINGHAM. Y ahora.... pronto.... pronto.... el cofrecito...; mi carta sin concluir.... Dásele todo á la reina.... y como recuerdo.... (Le muestra el puñal.) Toma.... (Cae postrado en el sofá.) No.... no.... dejadme donde estoy....

Dila, Artagnan, dila.... que mi última palabra.... ha sido su nombre.... que mi último suspiro.... ¡Ah! ¿su retrato y esa orden?....

DAVID. Ya la he entregado á lord Winter.

BUCKINGHAM. Su retrato.... (Se lo dá.) Gracias gracias.... parte Artagnan.

ARTAGNAN. ¡Muerto! (Pausa, la servidumbre se arroja.)

GUARDIAS. Ven, miserable. (Trayendo á Felton, la servidumbre se levanta.)

FELTON. ¡Muerto!

MILADY. ¡Muerto! marchemos á Francia. ¿Qué es esto? (Un cañonazo.)

PATRON. Milady se ha cerrado el puerto.... la barca ha sido ocupada por tropas de marina y no es posible huir....

ARTAGNAN. Plaza... plaza...

MILADY. ¡Artagnan!

ARTAGNAN. ¡Oh! bien presumí que este monstruo no estaría lejos. (Aparte.)

MILADY. Cuando menos el quedará también en Inglaterra.

CAPITAN. Caballero Artagnan, El Bretaña va á darse á la vela y os aguarda.

MILADY. ¿Tú partes, Artagnan? hasta mas ver.

ARTAGNAN. ¡Oh!.... ¡Milady!... ¡cobarde asesino! Si, estad tranquila, nos volveremos á ver.

CUADRO DUODECIMO.

EL BAILE DE LA MERLAISON.

Salon lujosamente adornado, galería separada del salon por una gran cortina blasonada, en la galería se ven algunos individuos de la ciudad, entre varias damas y caballeros de la corte.

ESCENA I.

TREVILLE. — JUSACCE.

TREVILLE. Un mosquetero de centinela en esta puerta. (El mosquetero lo hace.) Un guardia francés en esta otra. (El guardia obedece.)

JUSACCE. Un guardia de su eminencia en esta puerta.

TREVILLE. ¿Qué es lo que haceis señor de Jusacce?

JUSACCE. Lo que vos, colocar mis centinelas.

TREVILLE. ¿Pero sabéis en dónde estamos?

JUSACCE. En la casa de la ciudad.

TREVILLE. ¿Y á qué hemos venido?

JUSACCE. Al baile caballero, al magnífico baile que los sindicatos dan al rey.

TREVILLE. ¿Es decir que el rey viene al baile?

JUSACCE. Seguro.

TREVILLE. Pues bien, señor de Jusacce, donde quiera que el rey se presenta, está como en su casa,

el rey no tiene otra guardia que la suya.... esto es los mosqueteros, los guardias franceses, y los suizos.... A ver, un suizo de centinela en esa puerta. (El suizo obedece.)

JUSACCE. Caballero lo haré presente á su eminencia.

TREVILLE. Como gusteis señor de Jusacce.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—ROCHEFORT.

ROCHEFORT. Y monseñor os hechará una peluca, porque el capitan Treville tiene razon. Caballero, estoy á vuestras órdenes. (A Treville.)

TREVILLE. Y yo á las vuestras señor de Rochefort.

ROCHEFORT. ¡Bella fiesta! ¡Capitan, hermosa asamblea! ¡cuántas flores, cuánto oro, cuánta riqueza! Bien hacen en decir que nuestra buena ciudad de Paris, es una ciudad encantada.

TREVILLE. ¿Quién es aquella señora, á quien hacen tan cortésano recibimiento?

ROCHEFORT. ¿Quién ha de ser? la presidenta del baile, la que está encargada de hacer los honores á S. M. la reina.

TREVILLE. Supongo que vendrá el cardenal.

ROCHEFORT. Tal vez, su eminencia ha sido invitado.... y.... (Rumores lejanos.)

ATHOS. Perdonad, capitan, ¿la consigna?

TREVILLE. No permitir la entrada en este salon mas que al rey á la reina, al cardenal y á los grandes dignatarios: en ese gabinete, donde se vestirá la reina, nadie puede entrar mas que la reina y sus camaristas.

ATHOS. Está bien. (Música, aclamaciones.)

TREVILLE. Caballeros guardias, caballeros mosqueteros, atencion.... el rey sube la escalera.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—EL REY.—EL CARDENAL, precediendo al rey y hablando con Rochefort, que ha salido á recibirle.

ROCHEFORT. Venid por aqui, monseñor.

CARDENAL. ¿A qué hora empieza el baile?

ROCHEFORT. En el momento en que estén vestidos SS. MM.

CARDENAL. ¡Ah! ¿se visten aqui?

ROCHEFORT. El rey en su gabinete, al otro extremo de la galería, y la reina en esa cámara que se halla enfrente de vuestra eminencia.



ORTEGA

Escena III.—El cardenal en el baile.

UGIER. ¡El rey!

REY. Dispensad. (En el fondo de la galería.) Señores, he venido un poco tarde por culpa del cardenal, que me ha tenido ocupado.

CARDENAL. Siempre tengo yo la culpa. (A Rochefort.)



Acto 4.º—Escena I.—Buckingham, Felton y Patrick.

PATRICK. ¿Ha llamado milord? ¡Cielos! ¿Qué veo!

FELTON. ¡Paso al vengador de Inglaterra! (Huyendo.)

MILADY. ¡Se ha salvado!

GRITOS. ¡Al asesino! ¡al asesino! corred. (En el fondo comenzando Patrick, y luego se repiten fuera.)

MILADY. ¡La lancha! (Al hombre que se oculta fuera.) ¡la lancha! mandad venir la lancha.

ARTAGNAN. ¡Milord! ¡milord!

BUCKINGHAM. Ven.... ven Artagnan....

ARTAGNAN. ¡Socorro! ¡un médico!

BUCKINGHAM. Inútil, inútil.... antes que lleve el médico habré muerto.... dejadnos.... Toma... toma ese cofrecito.... miralo.... es todo lo que tenía de ella.... la carta.... quiero besarla otra vez.... antes que mi boca se hiele.... para siempre.... Artagnan, tú la entregarás el cofrecito.

ARTAGNAN. ¡Milord, Dios mio! si el asesino era un enemigo de la reina, si ha venido para matarme.... yo no temo nada por mí.... temo por esa carta.... por ese cofrecito....

BUCKINGHAM. Si, si... tienes razon... Escribe David, orden para cerrar el puerto, y no permitir la salida durante tres dias, á ningún barco de grande ni pequeño porte.... excepto.... excepto.... El Bretaña que conducirá al caballero Artagnan. Dadme.... dadme que fir-

ROCHEFORT. Por esta vez creo que no se equivoca.
REY. ¿Pero qué no ha llegado (*Inquieto*) aun el cardenal?

CARDENAL. Espero, señor, el momento de ofrecer mis respetos á V. M.

REY. ¡Ah! señor duque, os he acusado, por escusarme: el hecho es, señores, que su eminencia gusta mas del trabajo que de las fiestas... á propósito; ¿cuándo da principio el baile?

UN SINDICO. Tan pronto como llegue S. M. la reina, ó cuando V. M. tenga á bien disponer....

REY. ¡Oh! no, señores, estais en vuestra casa: la reina ya debe hallarse en camino.

CARDENAL. ¿Cómo se encuentra, señor?

REY. La reina está siempre enferma, cuando se la supone en buena salud, y vice-versa.

CARDENAL. ¿Pero S. M. viene al baile?

REY. Cuento con eso.

CARDENAL. ¡Oh! no vendrá. (*Ruido, aclamaciones.*)

REY. ¡Esa debe ser la reina!

UGIER. ¡La reina! (*Movimiento.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—LA REINA.

REINA. Buenas noches, señores. (*Mira en torno suyo.*) ¡Nadie, nadie! ¡no hay esperanza! ¡el cardenal!

REY. Señora, yo he venido tarde, y he dado por escusa mi mucho trabajo: ¿qué excusa dais vos, por haberme ganado en la tardanza?

CARDENAL. Señora. (*Saludando.*) No trae los herretes. (*Aparte.*) Vos podeis presentar una excusa muy natural, vuestra notable belleza, los cuidados del tocador y el mucho tiempo invertido en abotonaros las mangas con esos hermosos herretes.

REINA. ¡Impacable como el infierno! (*Aparte.*)

REY. Pero no... si no los veo: teneis la bondad de decirme ¿por qué no habeis traído vuestros herretes de diamantes, cuando sabeis que eso me hubiera agradado?....

REINA. Señor....

REY. Yo soy el que os ha hecho ese regalo, señora... ¿lo entendeis?

CARDENAL. Podemos enviar á buscarlos.... ¿dónde los teneis señora?

REY. Si, si, ¿dónde los teneis?

REINA. En el Louvre. Dadme tiempo ¡Dios mío! (*Aparte.*) ¿V. M. quiere verlos?

REY. Si, si, lo quiero el baile no tendrá principio hasta tanto que esteis vestida.

CARDENAL. De aquí á entonces pretestará alguna enfermedad, un desvanecimiento. (*Aparte.*)

REY. Enviad, pues al Louvre, señora.

REINA. Voy á hacerlo, señor.

CARDENAL. Y yo tambien. (*Aparte, saluda y sale.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS MENOS EL CARDENAL.

REINA. ¡Dios mío! ¡no habeis tenido compasion de mí y estoy perdida! (*Aparte.*)

TREVILLE. Si yo pudiese hacer algo en obsequio de V. M.

REINA. Vos no podeis nada, señor, nada...

TREVILLE. ¡Ah, señora!

REINA. Esperad... conoceis á un guardia.... á un joven.

TREVILLE. ¿A un joven?

REINA. Que se llama... Artagnan.

TREVILLE. ¿El que me ha pedido una licencia?

REINA. ¿No le habeis visto?... ¿no ha vuelto todavía?....

TREVILLE. No señora, Athos, no habeis vuelto á ver á Artagnan?

ATHOS. No, capitán.

REINA. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CAMARISTA. Todo está dispuesto, señora. (*La reina entra en el gabinete de la derecha, las camaristas la siguen.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ROCHEFORT.

ROCHEFORT. Señores, señores un hombre acaba de subir por la escalera, secreta, y ha atropellado á los centinelas, le han gritado que se detuviese y él ha proseguido su marcha.... ¡alerta... alerta!...

ATHOS. Si viene.... le veremos.

ARTAGNAN. Camarada.... camarada... vuestro mosquito. (*A un guardia en voz baja.*)

ATHOS. ¡Artagnan! (*Aparte.*)

TREVILLE. ¡Artagnan! (*Aparte.*)

REINA. ¡Artagnan! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Aparte en el dintel de la cámara.*)

ROCHEFORT. ¡Mi gascon! (*Aparte.*) ¡ah! ¿sois vos el que atropella á los centinelas?

ARTAGNAN. ¡Mi ladrón! ¿á qué centinelas? yo no atropello á nadie.

ROCHEFORT. Pues entonces ¿qué haceis aquí?

ARTAGNAN. Nada: voy á entrar de servicio. (*Con calma.*)

ROCHEFORT. ¿En ese estado? ¿lleno de polvo y bañado en sudor? Ahora veremos si es ese vuestro traje de baile.

REINA. (*Bajo á Treville.*) ¡Oh! señor de Treville.

TREVILLE. ¿Y á qué os mezclais vos en esto, caba-

llero? (*A Rochefort.*) ¿El señor de Artagnan es por ventura de los vuestros?

ROCHEFORT. No, pero sin embargo....

TREVILLE. A mí me place que un guardia de S. M. se presente cubierto de polvo y lodo, cuando ha corrido en servicio del rey, yo soy el que mando, y esto basta señor de Rochefort.

ROCHEFORT. Está, bien, caballero está bien. ¡Maldito gascon! (*Aparte, mira á Artagnan.*)

ATHOS. ¿Y bien, y qué? (*A Rochefort.*)

ARTAGNAN. Dejadlo, Athos, tengo cuenta abierta con ese caballero.

TREVILLE. Este es vuestro puesto Artagnan.

ARTAGNAN. Va á contárselo todo al cardenal. (*Bajo á Treville.*)

TREVILLE. Tendré el gusto de acompañaros señor conde. (*Se lo lleva.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—LA REINA.

REINA. ¡Ah! ¡Caballero!

ARTAGNAN. Aquí teneis, el cofrecito, señora.

REINA. ¡Ah! ¡me he salvado! ¡mis herretes!.... ¡Gracias! ¡oh! gracias.... ¡un puñal!.... ¡cielos! ¡está lleno de sangre!

ARTAGNAN. De la sangre de Jorge Villiers, duque de Buckingham, quien me ha encargado al morir que os lo entregase.

REINA. ¡Ha muerto!

ARTAGNAN. Pronunciado el nombre de V. M.

REINA. ¡Jorge! ¡Jorge!.... ¡cuán caro es el amor de una reina!

UGIER. ¡El rey! (*En el pasillo.*)

REINA. Los herretes.... pronto.... Blanca, guardad esa caja.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—EL REY.—EL CARDENAL.—TREVILLE.

REY. ¿Y bien señora, han vuelto ya del Louvre?

CARDENAL. Yo acabo de estar en persona.

REY. ¿Estais dispuesta, señora?

REINA. Estoy á las órdenes de V. M. (*Salendo.*)

CARDENAL. ¡Los herretes! (*Estupefacto.*)

REY. ¡Ah! ¿teneis los herretes? gracias... ¿Qué queriais decirme, señor cardenal con motivo de los herretes?

CARDENAL. Nada, señor... nada... ¿Cómo los ha recibido! (*Aparte.*)

ROCHEFORT. Observad el traje de ese mosquetero... (*Al cardenal.*) detrás de mí... ¿no adivináis?....

CARDENAL. ¡Ah! está bien... seguidme. (*Salen.*)

REY. El cardenal se ha puesto pálido, ¿sabeis por qué, capitán?

TREVILLE. Creo que sí: alguna travesura de la reina. ¿Quiere saber V. M.?...

REY. ¡Ah! cuéntame.

REINA. ¿Cómo recompensar (*A Artagnan.*) á mi salvador, á mi héroe, á mi amigo!

ARTAGNAN. Con una sola palabra, señora, Constanza ha desaparecido, decidme donde se encuentra.

REINA. Para librarla de la venganza del cardenal, la he mandado al convento de Carmelitas de Bethune.

ARTAGNAN. Gracias, señora, ya estoy pagado.

REINA. ¡Ah! no... no es olvidaré.

REY. De suerte (*á Treville*) que el cardenal ha sido burlado, y burla de cólera.... ¡es divertido! Espero que me (*á la reina*) perdonareis la broma de los herretes, ¿no es verdad?

REINA. ¡La broma!... ¡oh! si, perdonada, señor.

REY. Venid, señora, el baile comienza.... y la noche no puede estar mas encantadora....

REINA. ¡Ah! (*con la mano en el corazon y tono dolorido*), muy encantadora, señor. (*Se enjuga una lágrima y da la mano al rey.*)

ARTAGNAN. ¡Pardiez! ¡mas valia caerse muerto!

FIN DEL ACTO CUARTO.

CARIÑO DE UNA SUEGRA (4).

I.—EL ASTRÓLOGO.

Corre el mes de diciembre de 1560.

Los últimos rayos de uno de sus mas frios y nebulosos dias, coloran débilmente las almenas del antiguo palacio de los duques de Orleans, entonces residencia temporal de la corte de Francia. Varios centinelas, colocados en los dos opuestos ángulos de la plataforma, hacen resonar el pavimento, cruzando de un extremo á otro, con lento y mesurado paso. Cerca del parapeto, é insensible al frio rigoroso de la estacion, se ve á una muger vestida de negro, apoyada en la cureña de un cañon, asestado al camino de París.

Esta muger es todavía hermosa, pero los rasgos de su fisonomía tienen una espresion de altivez y severidad muy poco simpática, y su mirada fija á la sazón en la inmensidad del espacio, muéstrase á un tiempo feroz, inexorable y traidora, como lo fué siempre, sino mien-

(4) Del *Illustrated London News*, periódico que se publica en la capital de Inglaterra con extraordinaria aceptación, traducimos el siguiente episodio, que siendo rigurosamente histórico, tiene todo el colorido dramático y todo el interés de una novela.

ten las crónicas é historiadores contemporáneos, la viuda de Enrique II, la célebre Catalina de Médicis.

Junto á ella una joven puesta de rodillas, segun con creciente ansiedad la direccion de sus miradas. Una nube de polvo se elevó á lo lejos, y algunos caballeros penetraron en el parque del palacio. La reina examinó un instante, como para convencerse si eran ellos los que aguardaba, y dijo á la joven:

—Condesa de Vouglé, podeis ir ya á la cámara del rey, que no tardaré en seguirlos; id y procurad colocaros de modo que no se os escape nada, y nose apercechos de vuestra presencia los que allí estén. Luego me informareis de lo que hayais visto y oído.

—Señora, contestó temblando la condesa, si Dios escucha vuestros votos ¿no escuchará V. M. los míos?

—El momento no es muy á propósito, querida, para hablarme de intereses ajenos á los del rey.

—Creí...

—Hubiérais debido pensarlo, y evitarme el disgusto de daros semejante respuesta.

La condesa inclinó la cabeza y se retiró en silencio. Catalina la siguió con la vista, y cuando hubo desaparecido, se acercó á una de las torrecillas y dió tres golpes en la puerta. Abrióla un viejo, y se inclinó respetuosamente; la reina pasó el umbral, y la puerta volvió á cerrarse de nuevo.

—¡Buena vá la danza! —esclamó Catalina no bien encontró sola con el anciano, que no era otro que su astrólogo el famoso Ruggieri;—han venido, y su mala presencia hará abortar todos mis planes!.... ¿Nada vale ya tu ciencia, viejo judío, y la de Ambrosio Paré triunfará de ella?

—Señora, respondió gravemente Ruggieri, estendiendo su mano al horizonte, donde empezaban á despuntar algunas estrellas;—la sentencia pronunciada contra vuestro real hijo está escrita allí. Dios sólo puede cambiarla. Francisco II está condenado á morir, y la ciencia de los hombres no puede salvarle. Acordaos, señora, del 49 de enero de 1544; el astro del día se eclipsó al nacer vuestro hijo; jamás oculté á V. M. cuán siniestro era este presagio, y V. M. creyéndolo así, adoptó por divisa del príncipe un lirio entre un sol y una luna, como queriendo manifestar que si el astro divino le rebusaba su luz, el corazon de su madre le serviria de antorcha y de sosten.

Nada contestó Catalina; sus ojos permanecian clavados en la bóveda del firmamento, cuyo oscuro azul se iba haciendo mas denso por instantes.

De repente, herida de una idea súbita, preguntó al astrólogo:

—Esa estrella que revela á tu inteligencia los terribles secretos del porvenir ¿caso te indica tambien que Carlos, mi otro hijo, se someterá dócilmente á mis consejos?

El astrólogo tornó á mirar al cielo, y movió la cabeza en señal de afirmacion. Catalina continuó:

—Mucho temo la influencia de los principes de Lorena. En la asamblea de los Estados Generales han conseguido que fuese condenado á muerte Condé, cuya vida era necesaria á mi política... su voluntad ha sido mas poderosa que la mia sobre ese débil rey que la escocesa gobierna á su capricho, ó que se deja dominar por el fatal ascendiente de sus tíos. ¡Oh! ¡esta muger me irrita, me atormenta, y no puedo alejarla de aquí, no puedo evitar que permanezca en la corte!

—Tranquilizaos, señora, Maria de Escocia sucumbirá en esta lucha insensata provocada por ella. Donde impera la reina de Francia, Maria Stuart debe obedecer, y Carlos IX será digno de llamarse vuestro hijo.

Catalina permaneció silenciosa y meditabunda algunos instantes: luego salió de la torrecilla y se encaminó con pasos precipitados á la cámara del rey.

II.—EL MORIBUNDO.

El vaticinio de Ruggieri se cumplia; Francisco II estaba agonizando.

A la cabecera de su lecho se veia á su joven y linda esposa, á la infortunada Maria Stuart, bañada en llanto. La cabeza del rey descansaba en uno de sus brazos.

En un extremo de la régia alcoba, Ambrosio Paré, célebre médico de aquel tiempo, hablaba acaloradamente con los principes de Lorena que acababan de llegar, y que parecian hacerle muy graves cargos.

—Si, replicaba el médico real, podia haberle salvado una operacion hecha á tiempo hubiese neutralizado el desarrollo de la enfermedad: no lo han querido, mas todavía, se me ha prohibido espresamente que la haga, y ahora todos los esfuerzos del arte son inútiles.

En aquel momento entraba Catalina, llevando por la mano á su hijo Carlos.

—La vida del rey de Francia—se apresuró á decir encarándose con Paré,—es muy preciosa para que la espongamus á las contingencias de vuestros ensayos; ¡si está de Dios que viva, vivirá, sin pasar por las horribles torturas que le habrais hecho sufrir!

El joven rey trató de incorporarse y no pudo; pero murmuró algunas palabras ininteligibles que solo Maria comprendió.

—Si, monseñor, respondió ella sollozando; su ciega obstinacion os ha muerto cuando todavía hubiérais podido vivir largos años para la felicidad de la Francia y la mía!

Esta últimas palabras produjeron en la vengativa Catalina el efecto de un dardo envenenado: satánica fué la mirada que arrojó á su hija política. Mudo silencio sucedióse: traían el Santo Viático, y el rey, sostenido por

nido por su esposa, el cardenal de Guisa, y su médico Ambrosio Paré, lo recibió con recogimiento y admiración resignación; y apenas concluida la ceremonia, clavó sus ojos en los de María, inclinó la cabeza hacia atrás, y exhaló el postrer aliento.

—«El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!»... se oyó resonar en aquella cámara, donde sucumbía á la temprana edad de diez y siete años un monarca lleno de porvenir, y digno á todas luces de mejor suerte. La multitud comenzó á desfilar lentamente, y poco después solo quedaba al lado del cadáver, una viuda desesperada, que estrechaba convulsivamente contra su corazón el cuerpo ya livido del último rey de Francia. Los gritos y las aclamaciones que anunciaban el advenimiento de Carlos IX, vinieron á herir sus oídos y á sacarla de su estupor.

—«Hé ahí lo que deseaban,—esclamó,—hé ahí la razón, querido esposo mío, de que te miren mis ojos sin vida; á tí, que si no eras en efecto su señor, habrías sabido serlo con el tiempo.

Crugió un resorte, abrióse una puerta secreta, y apareció el cardenal de Guisa, y tío de la viuda.

—Venid, María, la dijo: aquí ya ha acabado todo para vos: salvad al menos vuestra dignidad real, y no os esponáis al menosprecio, ó lo que es peor, á la perversa compasión de vuestros enemigos.

María, preocupada vivamente por su mortal dolor, se resistió á alejarse tan pronto del cadáver de su esposo; pero las energías reflexiones de su tío, acabaron al fin por convencerla: entonces se inclinó y estampó un ardiente y prolongado beso sobre la helada frente del malogrado monarca. Un vivo resplandor iluminó al propio tiempo la cámara mortuoria, y fueron entrando en dobles filas y colocándose en torno del lecho real, algunas docenas de frailes con hachones encendidos entonando el *miserere*. Al verlos á su alrededor y al escuchar su lúgubre salmodia, María, próxima á desmayarse, se arrojó en brazos del cardenal, que la arrancó de allí y se la llevó á sus habitaciones, donde la dejó mas muerta que viva en manos de sus doncellas.

III.—DE REAL ORDEN.

Trascurrieron algunos días, y la joven viuda sumergida en su dolor, tan solo se dejaba ver de vez en cuando por sus tíos los príncipes de Lorena y el cardenal de Guisa. Una mañana, Catalina se hizo anunciar: María la recibió de pie y con el mas profundo respeto. Su suegra la contempló fijamente algunos minutos, como tenía de costumbre antes de interrogar á los que pensaba dirigir la palabra, cual si quisiera antes adivinar la respuesta por la espresion de su fisonomía; y convencida de que la joven reina no estaba preparada para el golpe que iba á darla, gozándose de antemano en su despecho, la dijo con una sonrisa tan falsa como el doble sentido envuelto en sus palabras:

—He sabido, hija mia, con gran sentimiento, que vuestra salud se destruye en continuas vigiliat. Mucho debéis sufrir, y la falta de ventilación de estas habitaciones, tendidas de negro y siempre cerradas, puede seros muy perjudicial. Ante vuestros súbditos de Escocia, y ante la Europa entera, somos responsables de vuestra preciosa existencia; así, hemos creído conveniente que os trasladéis á Reims, donde el aire puro y la variación de vida, restablecerá en breve vuestra salud quebrantada. Después tendremos tiempo de sobra para pensar en complaceros, tocante al deseo algo prematuro que habíais manifestado de regresar á Escocia. Las damas de vuestra servidumbre han recibido ya la orden para hacer los preparativos del viaje, y creo que nos agradeceréis el cuidado que nos tomamos por vuestro bienestar y felicidad.

Levantóse Catalina sin aguardar respuesta, y María estupefacta, al escuchar aquella súbita é inesperada intimación, se apercibió entonces que había permanecido de pie durante la entrevista, sin que su suegra hubiese tenido la atención de mandarla sentar. Sin embargo, aunque la ira fermentaba en el fondo de su corazón, se contuvo, y con su habitual presencia de ánimo y dignidad, contestóla:

V. M. me permitirá que me tome la libertad de decir, que al dejar este palacio donde tambien yo he mandado como reina de Francia, no me conviene como reina de Escocia ir á vivir en otro lugar que en el palacio de mis antepasados; y declaro terminantemente, que deseo regresar á mis estados sin trasladarme á otro punto.

—Siento en el alma, hija mia, que no esté en mi mano el complaceros. Lo que os he dicho es una real orden, y....

—¿Una real orden?

—Del rey y de su consejo.

—Señora, el rey es todavía muy joven... casi un niño... para tomar por sí mismo semejante resolución; y si no me es infiel la memoria, vos no acostumbráis ni sois partidaria de que los niños ni los hombres que os pertenecen, obren por su propio impulso.

—Ya que V. M. está tan convencida de esa verdad, me hará el gusto de no emprender una lucha insensata, en la que sería vencida, y vería arrastrada por el fango su dignidad;—repuso Catalina con un tono de ironía y amenaza muy marcado para que se escapase á la perspicacia de la viuda de Francisco II.—Sois muy joven, María, y mi maternal experiencia debe evitaros el escándalo de cualquier paso imprudente. Creedme, vuestra partida precipitada y sin razón alguna que la justifique, podría poner en duda el afecto, que al parecer os inspiraba vuestro esposo, mi muy querido y malo-

grado hijo... tal vez, y sin tal vez, daría margen á sospechar que la viudez os fastidia y estáis impaciente por gozar de vuestra libertad.

—Mi vida pasada, señora, exenta hasta de la mas leve sospecha, basta para escudarme de los tiros de la maledicencia y de la calumnia. Antes de ahora he manifestado el deseo de regresar á mis estados, y hoy, á la faz de todos, os lo repito, mis tíos serán mis intérpretes ante el rey y su consejo.

—María de Escocia no tiene aquí la autoridad de reina viuda; pero la sobrina de los duques de Lorena tiene derecho, como princesa de su casa, á las atenciones de la corte de Francia.

Y deseando terminar la discusión, Catalina saludó con la mano á su nuera y se alejó.

María, turbada é indecisa, nada contestó porque conocía el poco fruto de sus protestas contra la voluntad de la reina madre tan paladinamente manifestada, y tambien el peligro que había en irritarla. La llegada de otra persona vino á distraerla de sus tristes pensamientos; era una muger, la misma que al empezar esta narración, han visto nuestros lectores, puesta de rodillas junto á Catalina, cerca del parapeto del palacio de Orleans.

Traía los ojos inundados en lágrimas, y apenas pasó el umbral, se arrojó á los pies de María.

—Ya lo veis, amiga mia, le dijo esta, ella, y nadie mas que ella me arroja de aquí y me destierra á Reims.... Héme cautiva en el mismo país donde he imperado como soberana.... y desgraciadamente no me es dado sustraerme en la actualidad á esa orden tiránica y arbitraria.

—Ceded, ama mia, ceded á la reina Catalina. No intentéis luchar con ella; os haría pedazos sin misericordia.... á pesar del lazo que la une á vos y quizá añadió Mad. de Vouglé bajando la voz, á causa de ese mismo lazo. Mi hermano, el conde de Montgomery ha sufrido y sufre sus persecuciones, no obstante el perdón que le otorgó Enrique II moribundo, no obstante la solemne promesa que ella le hizo de ser clemente con mi infeliz hermano. Le persigue cada día con mas encarnizamiento, y vos lo sabéis, solo para salvarle he aceptado indignas condiciones que luego no he tenido la lealtad de cumplir. Así me he convertido en instrumento ciego de la Médicis, así he acabado por ser su espía cerca de vos.... estoy encargada de darle cuenta de vuestras acciones mas insignificantes... Perdonadme, señora, he sido traidora con vos y con ella.... con vos engañando, con ella ocultándole todo lo que podía perjudicaros.... ¡pero mi hermano, mi desgraciado hermano!.... temblaba por él.... ¡Ay! solo me queda el remordimiento de haberme envilecido sin alcanzar su salvación!

—¡Pobre muger! repitió María apoyando una mano sobre el hombro de la condesa, que abrazaba sus rodillas;—¡cuánto has debido sufrir!.... porque yo te amaba y tú me retribuías mi cariño con otro igual. Tu posición ha debido ser horrible.... Enjuga tus lágrimas.... te perdono.... eres harto infeliz para ser realmente perversa.... ¡Vamos á Reims—añadió suspirando—y suceda lo que Dios quiera!

IV.—EGOISMO Y ENVIDIA.

Isabel, de gloriosa memoria, reinaba á la sazón en Inglaterra: sin haber visto jamás á María Stuart, el conocimiento que tenía de sus perfecciones la había predispuerto contra ella, en términos que la odiaba mortalmente. Enterada por sus numerosos emisarios de todo lo que hacia relación con la joven reina de Escocia, aprovechaba con avidez cuantas ocasiones la suerte le ofrecía para inutilizar los proyectos contrarios á sus fines políticos ó á sus mezquinos intereses personales, en lo que no influía poco su excesivo amor propio. Demasiado hábil para no conocer que sus derechos al trono eran contestables, hija de Enrique VIII y de Ana de Bolena, matrimonio harto ilegal, Isabel sabía muy bien que los derechos de María Stuart, unico vástago de la rama principal de los Tudores, eran temibles para ella. Al justo temor que le inspiraba esta circunstancia uníase la conciencia de la superioridad de su rival, rica de juventud, de belleza, de talento y de las mas excelentes dotes, como muger y como reina. Isabel era fea, tenía cabellos rojos, modales desgraciados, y un talle nada elegante. Su educación pedantesca comunicaba á sus discursos un sabor escolástico, mas propio de una cátedra que de un salon. A menudo se empeñaba en espresarse de modo que no la comprendiesen, con el doble objeto de dejar confundidos á los oyentes, y poder en caso necesario, interpretar después sus mismas palabras de la manera mas conveniente. En suma, Isabel carecía de todas las cualidades que tanto recomendaban á María: la primera quería parecer mas instruida; la segunda lo era en efecto.

No bien llegó á sus oídos la noticia de la muerte de Francisco II. escribió una carta de pésame á Catalina, en la que dejaba translucir la posibilidad de prestarse á ciertas importantes concesiones, vivamente solicitadas por el gabinete francés, si este impedía ó retardaba al menos la vuelta de María Stuart á sus estados, desde los cuales—añadía piadosamente Isabel—no tardaría en turbar con sus intrigas y manejos la envidiable paz que entonces disfrutaba la Inglaterra.

El verdadero objeto de esta carta estaba tan completamente de acuerdo con las perversas ideas de Catalina, respecto de su nuera, que produjo todo el efecto que anhelaba la astuta Isabel. La vengativa italiana resolvió encubrir con el velo de la política y la moral, sin

perjuicio de alegar siempre su *excesivo cariño* á la viuda de su malogrado hijo, la conducta que pensaba seguir en adelante con la joven reina, satisfaciendo á la vez sus propios agravios y los ajenos. Odiaba mortalmente á María, y su encono era tanto mas temible, cuanto se guardaba muy bien de manifestarlo á los demás, como hacia Isabel.

La causa de semejante odio era evidente, y el mismo carácter dominador é imperioso de Catalina lo explica sin necesidad de ulteriores pruebas. María Stuart habia sido reina de Francia por espacio de un año y cinco meses, en cuyo intervalo, la corte dejó en el mas completo aislamiento á la viuda de Enrique II, y se agrupó en torno del nuevo sol que se levantaba, con las mas férvidas demostraciones de entusiasmo y amor. Catalina vió una ofensa en cada uno de los homenajes que se tributaban á la esposa de su hijo, en el abandono á que se veía condenada ella, en el poco influjo que ejercían sus palabras en el ánimo del joven rey, y se imaginó que la escocesa tenía la culpa y se alegraba de su abatimiento. Entonces la juró una venganza implacable, y sino la llevó á cabo desde luego, no por eso su venganza, aunque lenta, dejó de producir el resultado apetecido. Catalina de Médicis contribuyó mas de lo que generalmente se cree, al desastroso fin de la desventurada reina de Escocia.

V.—POR EL BUEN PARECER.

Partió María á Reims, donde se instaló en una casa de humilde aspecto y menos capacidad, perteneciente al dominio real, sin conservar mas servidumbre que algunos criados, vendidos casi en su totalidad á Catalina. En vano antes de partir instó á sus tíos para que levantasen la voz en favor suyo: la ambicion desenfrenada de los príncipes de Lorena los hizo sordos á sus plegarias y energías reclamaciones. Cual hábiles cortesanos prefirieron captarse con su silencio el favor del rey y de su madre, á malquistarse con entrambos por amparar á su sobrina, sin acordarse que la infeliz no tenía entonces mas refugio y protección que ellos.

María pasó resignada en aquel retiro los primeros meses de luto: al principio no se apercibió de la especie de cautiverio y de vigilancia incesante que sobre ella ejercían cuantos la rodeaban. Afortunadamente su natural bondad y el deseo de sobreponerse á la especie de tutela en que se pretendía tenerla, la indujo á no tomar las cosas por lo serio y á procurarse alguna distracción, admitiendo á varias de las personas mas notables de aquella ciudad. Catalina lo supo y la escribió una furibunda carta, recordándole entre otras cosas la muerte de su esposo y el poco aprecio que de su memoria hacia. La joven viuda, cuyo excelente corazón y afecto al difunto rey eran conocidos de todos, se imaginó cándidamente que, en efecto, habia obrado mal y contestó á su suegra, prometiendo consumirse primero de tedio, que dar margen con sus imprudencias á que se creyese que habia olvidado tan pronto á su marido.

Con este motivo y por el buen parecer, impulsada solo de su cariño y del vivo interés que se tomaba por ella, la reina madre aprovechó esta conjuntura, para enviar cerca de su nuera al sub-prior de los dominicos don Antonio del Campo.

Este sacerdote iba encargado de dirigir la conciencia de María y servirla de consejero y guardian, como si fuesen pocos los que ya tenía á su alrededor.

A consecuencia del excesivo calor propio de la estación, María manifestó que sería conveniente quitar las colgaduras negras de su cuarto: pero don Antonio, á pretexto de la costumbre establecida mientras durase el luto, y apoyándose en el *buen parecer*, se opuso tenazmente á que se practicara esta reforma, tanto mas urgente cuanto las referidas colgaduras, ademas de comunicar un aspecto lúgubre y siniestro á las habitaciones, interceptaban el poco aire que penetraba en el oratorio de la reina.

Y no pararon aquí las exigencias de don Antonio: á medida que se aproximaba la época de la terminación del luto, María, tratando de conciliar el gusto y la elegancia que eran peculiares en ella con la severidad del luto, habia ido disminuyendo la sencillez de su traje. El sub-prior exigió que renunciase á todo adorno, y la pobre María se sometió á este nuevo capricho, aunque no comprendía su objeto ni la estrema rigidez de aquel fraile intolerante.

La víspera de la Asunción, sintiéndose algo indispueta, se habia recostado en un sillón. La condesa de Vouglé, sentada á sus pies en un banquillo, la echaba aire con su precioso abanico de plumas de pavo real: su elegante tocado contrastaba tanto con la sencillez puritana del de su señora, que esta no pudo menos de decirle:

—Ese traje te sienta á las mil maravillas.... y es lástima, porque si te ve el padre Antonio, de seguro que te echa un largo y enfadoso sermón y te manda en seguida poner otro mas adecuado á la etiqueta de *nuestra involuntaria clausura*.

—Ya me ha visto, señora, respondió la condesa. Ayer le pedí permiso para vestirme así en honor de vuestra patrona, y me lo concedió al punto, diciéndome que podría hacerlo siempre que se me antojase, porque la prohibición se refería únicamente á V. M.

La reina se estremeció.... toda la altivez de su regia sangre escocesa se despertó en su pecho, é irguiéndose de pronto como una leona á quien arrebatan sus cachorros, gritó con voz trémula de ira é indignación.

—¿Con que la prohibición se estiende solo á mí?....

¿Es decir, que yo solamente no puedo hacer lo que mejor me cuadre?... ¿Es decir que estoy aquí prisionera?... ¡yo!... yo, reina por mi cuna y por mis derechos ¿seré por ventura el ludibrio y juguete de la corte de Francia?... Hacedme el gusto de mandar llamar á don Antonio.

Salió la condesa, y á poco entró acompañada del sacerdote.

—Padre mio, le dijo ella con tono imperioso, exijo que me digais ahora mismo sin rodeos, cuál es mi posición en esta casa. ¿Soy yo, Maria Stuart, soberana reinante de Escocia, que pasa aquí los primeros meses de su viudez, espontáneamente y por afecto y deferencia á la Francia, cuya soberana también he sido, ó soy una estrangera desvalida, á quien no se guardan siquiera las consideraciones debidas á su sexo?... Contestadme, señor.

—No me es posible, señora, murmuró el sacerdote inclinándose respetuosamente, contestar á una pregunta hecha con un fin político; tened la bondad de dirigiros á nuestra bondadosa reina, cuyo amor hacia V. M.

—¡Basta! exclamó Maria sin dejarle terminar la frase; sé lo que me resta que hacer.

Ese mismo día formuló por escrito la misma pregunta á su suegra, añadiendo la petición de volver cuanto antes á sus estados. Catalina contestó que la viuda de su muy querido y malogrado hijo Francisco II, era un depósito confiado á su ternura; que su juventud y la vivacidad de su genio exigían que se tuviese mucho cuidado con su reputación; que era efectivamente reina de Escocia, pero que la seguridad de su preciosa existencia reclamaba que no regresase á sus dominios hasta que se calmasen los disturbios que á la sazón tenían lugar en ellos.

Maria estrujó entre sus manos el papel en que tales perfidias la decían, y desesperando de obtener nada por sí misma, escribió á sus tíos, empeñados entonces en las interminables guerras que señalaron aquella época. Solo recibió respuesta del cardenal, que se limitó á aconsejarla que tuviese paciencia, y se sometiese hasta mejor ocasión á los deseos de Catalina. «Vivid persuadida, añadía, que cuando sea tiempo oportuno tendré un gran placer en allanar las dificultades que se opongan á vuestra partida, y os acompañaré en persona hasta la capital de Escocia.»

VI.—UN CHISTE DE MARIA, UN PRESENTE DE CATALINA Y UNA PETICION DE ISABEL.

La historia nos enseña hasta donde se atrevió á llegar la ambición de los Guisas: su hermana debía casarse con el rey de Francia, y por lo tanto, les convenia no ofender en lo mas mínimo el orgullo de Catalina; luego estaban persuadidos que ningún peligro real amenazaba la existencia de Maria, porque su muerte, políticamente considerada era del todo inútil. Esta certidumbre les bastó para que se abstuviesen de dar paso alguno en favor de sus reclamaciones.

El carácter de la joven reina no podía ser mas bondadoso ni angelical; pero en la impotencia de luchar contra sus opresores, su humor festivo y la travesura de su ingenio, la arrastraban á menudo al sarcasmo, arma siempre peligrosa y cuyas heridas se cicatrizan con mas dificultad que las ocasionadas por el hierro ó el fuego.

Nadie ignora que Catalina de Médicis se hacia acompañar generalmente por las mas bellas damas de la corte, á quienes seducía y adiestraba con el piadoso fin de que ejercitasen el poder de sus encantos sobre aquellas personas cuyos secretos anhelaba conocer. Llamaban á esta seductora falange el *escuadrón volante de la reina*; y á Maria, que solía reirse frecuentemente á espensas de Catalina, se le ocurrió decir en cierta ocasión: «mi amable y queridísima suegra ha hecho un pacto con Satanás; pero el caballero Plutón se habria desdenado de admitir su alma ¡tan buena es ella! si su dueña, por vía de compensación, y á cuenta de daños y perjuicios, no se hubiese comprometido á entregarle también las de su escuadrón volante.» Los soprones que rodeaban á Maria, se apresuraron á poner en conocimiento de la reina madre este chiste, que hizo fortuna en la corte; y ved como Catalina demostró su agradecimiento á Maria.

Varias veces habia esta manifestado vivos deseos de montar á caballo: tenia grande afición á este ejercicio, y sobresalía en él; pero el padre Antonio, alegando siempre razones mas ó menos frívolas, se habia opuesto á complacerla. Volvió á insistir Maria despues de la escena de que hemos hablado en el anterior capítulo, y á los pocos días, previo el consentimiento del dominico, la trajeron un magnífico caballo. Mad. de Voüglé, un conde, de quien nos ocuparemos mas adelante, y un joven paje, debían acompañar á la reina. El corcel parecia en extremo gozoso, y alguno de los circunstantes opinó que no convenia le montase una mujer. Maria, que como ya hemos dicho, cabalgaba perfectamente, no hizo caso de esta prudente advertencia, y ansiosa de satisfacer su capricho, se apresuró á montar, antes que se le antojase á su Argos mudar de opinion, en vista del supuesto fracaso á que se esponia.

Alejóse, pues, al trote, seguida de su corta comitiva, conteniendo el ímpetu de su indómito brido; pero no bien se encontraron en el campo, al escuchar el relincho lejano de una yegua, traída por allí cerca sin duda con este objeto, el caballo de la reina partió como una exhalación sin que ella, por mas esfuerzos que hacia, acertase á contenerle. El conde quiso interponerse

con el suyo para cogerlo por la brida, pero Maria se lo prohibió con un gesto, é impasible y serena, confiada en su destreza, le soltó las riendas, é inclinándose, le palmó en el cuello para que corriese mas aprisa. Esperaba que al fin postrado y rendido por la velocidad de su carrera, se detendría por si mismo. ¡Vana esperanza! aquel maldito animal parecia hijo del viento, y recobraba nuevas fuerzas á medida que devoraba el espacio. Maria, firme en la silla, empezaba á inquietarse, cuando al doblar una pequeña eminencia, notó á doscientos pasos las aguas del rio Marne, hacia el cual se dirigia el caballo desbocado. Entonces trató de contenerlo y lo sofrenó de golpe echándose atrás con todo el peso de su cuerpo.... en el mismo instante tropezó el caballo en una piedra y rodó.... La joven reina con admirable sangre fría, hizo un movimiento, y consiguió desasirse de la silla y caer en direccion opuesta, de modo que se vió libre con algunas contusiones. En cuanto al caballo, fué tal la violencia del golpe que quedó muerto en el acto. Luego se averiguó que este inofensivo animalito era un regalo de Catalina de Médicis.

Poco tiempo despues, se presentaron varios emisarios ingleses para rogar á Maria de parte de Isabel que ratificase un tratado hecho por la regencia de Escocia, y que no tenia otro inconveniente que ser en un todo favorable á la Inglaterra. Maria contestó que desde la muerte de su esposo, sus tíos se habian negado á ilustrarla con sus consejos para que no se dijese que intervenian en sus asuntos políticos, y que por lo tanto, ignorando los antecedentes y la conveniencia ó inconveniencia del tratado en cuestión, no podia ratificarlo. Cuando vuelva á mi reino, añadió, consultaré este negocio y escucharé el dictamen de la asamblea de los Estados, y haré lo que estime mas oportuno y razonable.

Semejante negativa irritó sobremanera á Isabel, que se desató en improperios contra la reina de Escocia, y envió un nuevo comisionado para que la hiciese presente que su firma bastaba para los actos de la regencia, puesto que su estremada juventud la ponía en el caso de regirse por sus determinaciones, sin necesidad de consultar á nadie. Maria mandó que se retirasen á las personas de su servidumbre que estaban presentes, y quedándose sola con el comisionado, le dijo:

—«Obro así, milord, para que vos únicamente seais testigo de mi enojo, si es que á imitación de vuestra soberana, me olvido en un arrebato de cólera de lo que debo á mi dignidad y á mi carácter. Isabel me echa en cara mi juventud.... ¡vaya un defecto original!... El tiempo que la ha libertado de él, no será injusto conmigo. Decidla de mi parte que por lo mismo que soy joven é inesperta, merecería el dictado de loca, si en cuestiones de tal gravedad é importancia obrase con ligereza, solo por acceder á sus *desinteresadas pretensiones*. Decidla de mi parte, que no se cansen en mandarme nuevos emisarios, porque *no ratificaré ese tratado*. He venido á Francia contra la voluntad de Enrique IV, rey de Inglaterra, y volveré á Escocia contra la voluntad de su hermana. Si lo quiere encontrará en mi una parienta afectuosa y una leal vecina, porque no pienso ni deseo intrigar con los descontentos de sus estados para derribarla, como ella hace con los de mi reino. Si por el contrario, se empeña en ser mi enemiga, y continúa ofendiéndome de hecho y de palabra... la pagaré con la misma moneda, aunque me sea muy sensible descender hasta el lodazal en que ella se ha metido.»

VII.—UN PRETENDIENTE... ERÓTICO.

Lord Murray, hijo natural de Jacobo IV, hermano de Maria, le habia enviado en otro tiempo con una carta de recomendación al conde de Chatelleraut, al conde que la acompañaba el día de la aventura del caballo, y que era el único gentilhomme que la joven reina conservó á su lado desde su partida de Orleans. En su cualidad de tal, gozaba el privilegio de ofrecerle el brazo cuando salía de paseo, de hablar confidencialmente con ella, y servirla á veces de secretario.

El conde poseía una arrogante figura, no carecia de talento, su conversacion agradaba, y era amable, obsequioso, atento con las damas. ¡Lástima que estas apreciables cualidades estuviesen eclipsadas y sirviesen únicamente para ocultar una ambición desmedida!

Cegado por el amor propio y por sus locos ensueños de engrandecimiento personal, habia concebido el proyecto de grangearse el cariño de Maria, y si no podía conseguirlo, el de ponerla en el caso de aceptar sus condiciones, ora por los servicios que la hiciese, ora por las imprudencias que la obligase á cometer.

Las solícitas atenciones del conde llamaron al fin la atención de la joven reina, que se rió mucho de ellas con la condesa; pero sin darles importancia alguna, habituada como estaba á los homenajes apasionados de la corte de Francia.

Los lores Morgam y Pagés, que administraban en Escocia los dominios de Maria, vinieron á Reims encargados de la triste misión de anunciarle la muerte de su madre. Al ver á su reina relegada en una pequeña ciudad, sin el boato ni las insignias propias de su rango, viviendo en una casa tan mezquina como la del último vasallo del rey de Francia, los dos lores lloraron de dolor é indignación, y al notar las respetuosas atenciones del conde por Maria, le manifestaron su agradecimiento, y de acuerdo con él formaron el proyecto de robar á la reina y restituirla á su país.

Chatelleraut que no deseaba otra cosa, vió el cielo

abierto; largo tiempo hacia que acariciaba esta esperanza, y ansiaba libertar á Maria, no por ningún sentimiento generoso, sino con el fin de conquistar su corazón y su mano y partir su lecho y su trono. En consecuencia, se resolvió á tener una explicación franca y esplicita con ella, y si su proyecto era aceptado, —lo que equivalia á un compromiso solemne por parte de la reina—se comprometia á facilitar ó favorecer su fuga; y si era rechazado, á impedirle, usando de las omnímodas facultades de que le habia investido Catalina.

La osadía del conde encontró la acogida que merecia. La viuda de Francisco II, le anonadó bajo el peso de su desprecio, y le declaró que saldria de Francia á la faz de la Europa, no como fugitiva, sino como princesa real. Lord Morgam y lord Pagés, condenando el proceder indigno de Chatelleraut, suplicaron á Maria que aceptase su proyecto; y como ella se negase, prepararon los medios de arrancarla de su cautiverio contra su voluntad.

Fuese imprudencia ó perfidia, descubrióse el complot, y Catalina, para burlarse de los numerosos partidarios que su nuera conservaba todavía en la corte, hizo correr la voz de que aquel complot era resultado de una escandalosa intriga de amor, cuando la pobre Maria nada habia sabido de él, hasta el momento en que se descubrió.

VIII.—¡ADIÓS, SOL DE FRANCIA!

El orgullo de los Guisas, profundamente herido, hizo lo que no habia hecho su cariño: exigieron que se les entregase á su sobrina. El duque de Aumale vino en persona á buscarla y la acompañó á Nancy donde pasó el invierno, libre en fin del cariño de su suegro, del padre Antonio y sus viles cofrades, y dueña de seguir sus gustos y entregarse á sus distracciones favoritas, á la lectura, á la música y á la poesia en el seno de la familia de su madre.—Finalmente el duque de Guisa, creyendo conveniente á sus planes que Maria volviese á sus Estados, obligó á Catalina á que consintiese en su partida; consentimiento que le costó gran trabajo arrancarla, y que supo ella declinar de mil modos hasta que lo otorgó con su hipocresía acostumbrada.

Maria escribió á Isabel, pidiéndole el pase por sus Estados; pero esta con espresiones harto ofensivas se lo negó, á pretesto que su presencia podria servir para escitar nuevos disturbios en Inglaterra.

A la noticia de la próxima vuelta de Maria á su reino, los descontentos de Escocia, á cuya cabeza se hallaba su propio hermano, lord Murray, dirigieron una petición á Isabel en la que le rogaban que se apoderase de Maria, al atravesar el estrecho, y la pusiese á buen recaudo. La reina de Inglaterra equipó al punto una flota y la envió al canal de la Mancha, dando á entender que su objeto se limitaba á vigilar la costa de las agresiones de los piratas. Maria sospechó la verdad, y apresurando la época de su partida despidióse de la familia real de Francia y emprendió su viaje.

El 13 de agosto de 1562, día de la Asunción, asistió á la misa en Calais: oró fervorosamente y pidió á la Virgen, su patrona, que la recibiese bajo su inmediata protección; y embarcóse en seguida acompañada de sus tres tíos y varios nobles, franceses y escoceses.

El tiempo estaba sereno y el día hermosísimo. De pie, inmóvil en el puente, hasta que la costa se perdió de vista, fijó por vez última sus ojos en aquella tierra donde se habia deslizado su infancia y donde habia sido tan feliz y tan desgraciada: contemplóla hasta que desapareció en el lejano horizonte, y tendiendo sus manos hacia ella exclamó: *¡adiós adorada Francia, adiós!* La violencia de su emoción y las lágrimas que inundaban sus mejillas, la impidieron continuar, y se arrojó sollozando en los brazos de la condesa de Voüglé.

Al caer la tarde, volvió á subir al puente, y viendo al sol hundirse entre las olas, repitió: *¡sol de Francia, adiós!... ¡Ya no verá más tu cielo azulado la triste Maria!*

La condesa, para distraerla, le trajo su laud, y Maria cantó con su voz pura y armoniosa su canción favorita: *Adieu plaisant pays de France* (Adios encantador país de Francia), bellísima canción cuya letra y música atestiguan la superioridad de su talento como poetisa y compositora.

Al día siguiente, habiéndose levantado una espesa neblina, el almirante inglés atravesó sin verla por el medio de la escuadra de la reina de Escocia, y al cuarto día, despues de haber fluctuado mil veces entre el temor y la esperanza, Maria pisó la tierra de sus antepasados.

Como llegó quince días antes del tiempo prescrito no se habia hecho preparativo alguno para recibirla, pero la población en masa corrió á Leith punto donde habia abordado, ansiosa de manifestar su fidelidad y amor á su joven y bella soberana.

En extremo complacida con semejante recepción, hizo Maria su entrada en la capital, montada en un elegante palafren, en medio de las aclamaciones y rítmico entusiasmo de sus súbditos.

Este día de verdadera apoteosis y de felicidad mezclada de tristeza, era, ¡ay! el único que le reservaba su destino en aquella tierra que dos años de opresión y humillaciones, la habian hecho desear con tanto ardor... y que luego debia serle tan fatal y mostrarse con ella tan ingrata!

LATRO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.
Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8